EL DIARIO

La Paz, Domingo 29 de Noviembre de 1953.

SIMON BOLIVAR Y ALEJANDRO HUMBOLDT

por KARL H. PANHORST

El doctor K. H. Ponhorst fué profesor de Historia de la Universidad de Berlín. Hace años visitó algunos países de este Continente, con el fin de estudiar la participación alemana en la colonización de América. El resultado completo de sus investigaciones fué publicado también, como el presente trabajo, en la Ibero-Amerikanischer Archiv, órgano del Instituto Ibero-Americano de Berlín, y en otras revistas científicas.



POSEE la Sección de documentos de la Biblioteca prusiana de Berlín una carta original de Vicente Rocafuerte, conocido en la historia como notable y popular presidente del Ecuador. La carta es del año de 1824 a Alejandro de Humboldt. El contenido de ella es de significación fundamental para formar juicio sobre las relaciones entre el héroe de la libertad Simón Bolívar y Alejandro de Humboldt; su publicación será recibida con agradecimiento, especialmente en las naciones noroestales sudamericanas.

Con muy marcado interés, varias veces en la América del Sur se ha intentado examinar las relaciones entre Humboldt y Bolívar, y en Alemania hacer el trabajo científico sobre ellas. Después de mucha espera, ha venido a verificarse un repentino y sorprendente hallazgo que hasta ahora ha sido estudiado someramente y de manera breve en dos ocasiones. Se hace aquí una relación pormenorizada de la cuestión de Humboldt y Bolívar.

Las obras históricas de Alemania no tratan sobre las conexiones del héroe de la libertad sudamericana con Alejandro de Humboldt. Es de admirar que la biografía de Simón Bolívar hasta ahora no haya tenido en Alemania ninguna amplia presentación. Por esto es interesante anotar que Draschler desde hace algún tiempo haya hecho un elogio bueno y sucinto de Bolívar en un corto artículo.

En ninguno de los trabajos relativos a Humboldt se halla tampoco una sola nota de la influencia anotada en Sudamérica de éste sobre Bolívar. Ni con motivo del centenario del viaje de Humboldt, en la recepción de la Sociedad Berlinesa de Geografía, ni en el discurso publicado a causa del obsequio del monumento de Humboldt, hecho por el Estado de Méjico a Alemania, fué investigado a fondo el respeto oficial hacia Humboldt en los Estados Bolivarianos, o sea en los países situados al noroeste de la América del Sur.

Y es sorprendentemente notable la afirmación sostenida en Sudamérica de que Humboldt conoció en París al joven Bolívar después de su fructuoso viaje a través de Sudamérica, y que ejerció sobre él una amplia influencia, y de que dió con ella ciertamente por muchos aspectos la excitación para la lucha posterior por la Independencia. En libros destinados a la instrucción en las escuelas públicas, en autorizadas obras históricas y serenas biografías de Bolívar, se sostiene que él estaba entonces ventajosamente instruído en todos los problemas hispanoamericanos y había pedido consejo en París al célebre sabio, considerado por todo el mundo como autoridad, y que le formuló la cuestión de por qué su patria, a pesar del supuesto de tantas grandes posibilidades de desarrollo, era una colonia y no disfrutaba todavía de los beneficios de la libertad. Humboldt entonces respondió que para alcanzar la justa libertad e independencia solamente era necesario el hombre suficientemente valiente y capaz para conducir los combates, el que por los sucesos posteriores fuera más tarde el "Libertador de Colombia, Perú y Bolivia".

Casi todos los historiadores sudamericanos y los biógrafos de Bolívar, además del conocido biógrafo francés Julio Mancini, dan siempre la misma descripción del encuentro de Bolívar con Humboldt en París. Así, por ejemplo, en la edición del Centenario de Bolívar (**La vida y correspondencia general del Libertador Simn Bolívar**), por Felipe Larrazábal, entre otros, dice:

"Humboldt conocía a Caracas y conservaba gratos recuerdos de esta ciudad. Bolívar estuvo a verle en su habitación del Faubourg St. Germain, r. des petits Augustins, frecuentada entonces por las mayores inteligencias del mundo: Cuvier, Vanquelin, Laplace, Gay-Lussac, Oltmann y otros que iban a admirar las bellas colecciones de historia natural que había formado en el Nuevo Continente el viajero feliz. Establecióse, desde luego, entre Bolívar y Humboldt (nombres de que tanto iba a ocuparse después la fama), la más franca y amistosa correspondencia. Bolívar hablaba la lengua francesa con toda perfección y soltura, y en ella encontraba los términos más propicios para expresar sus ideas sobre la indignidad de la vida colonial; sobre la libertad y la grandeza de los destinos futuros de América; y el barón le respondía: "En efecto, señor. creo que su país está ya en el caso de recibir la emancipación, pero ¿quién será el hombre que podría acometer tan magna empresa?" Teníalo delante, y no lo adivinaba. Bolívar hubiera podido responder: Ego sum qui loquor tecum, . . . más él mismo tampoco lo sabía".

Es pues aceptable que Humboldt había manifestado su seguridad al expresar la posibilidad visible de la pronta independencia de las colonias españolas, y con la pregunta al joven Bolívar de que quién había de dirigir la gran empresa, significaba que solamente de aquel individuo dependía ese suceso; Bolívar debió desde ese momento estar acompañado del pensamiento de libertar a su patria.

Julio Mancini, que se puede contar con uno de los mejores autores de toda la presente literatura bolivariana, ha dado valor en su obra a los datos originales en contraposición a la mayoría de los biógrafos sudamericanos. Dedica a la cuestión de Humboldt y Bolívar un detallado examen que en su conjunto es extraordinariamente convincente. Sus relatos son, ante todo, sobre las perspectivas existentes en lo general en Europa en 1800, sobre la poca significación de las tierras coloniales españolas, lo que habla de la seriedad de las investigaciones de Mancini.

Bolívar vino a Europa, y pronto tuvo el triste conocimiento de que dominaba completamente otra opinión de la que a él le dictara el corazón respecto de su patria, Venezuela, y de todo el territorio americano bajo el dominio español", además que él, como sudamericano, a pesar de su buen origen, era súbdito de una tierra sin libertad y poco conocida. Tanto más incómoda era esta comprensión cuanto más tiempo permanecía en Europa. Entonces regresaba el sabio —tenido varias veces como muerto o ausente desde hacía largo tiempo de una expedición a través de los aún casi desconocidos territorios del reino colonial español—. Cuando el gran sabio dió a conocer los resultados de su viaje, el mundo científico escuchó. París celebró al explorador alemán como si fuera un hijo de Francia. Colocado este hombre en el punto céntrico de los intereses generales, apreciado y del mundo conocido, Alejandro de Humboldt encontraba palabras del más alto reconocimiento para el hasta entonces poco conocido territorio noroeste del reino colonial español, para la patria del joven Bolívar. Las descripciones de Humboldt sobre la riqueza y futura importancia de aquellas tierras debían excitar y atraer en el más alto grado a una persona como Bolívar. Cuando luego tuvo oportunidad de encontrar a este sabio que admiraba su territorio y que pronunciaba palabras llenas de esperanza del futuro de Sudamérica, debió ser un acontecimiento fortificante para la vida del joven Bolívar, y, en muchos aspectos, de crítica significación.

Evidentemente, tal cosa sucedió, pues Humboldt, al regresar de su viaje a París, en un gran círculo de admiradores, de repente tropieza con un joven natural de Venezuela, talentoso, muy instruído, y de buena familia, a quien se aproxima con verdadero interés personal, le describe su patria conocida para él en largos años de trabajos de investigación y bajo frecuentes peligros de muerte.

Mancini cita también las circunstancias del tiempo, además la entrada de muchos elementos revolucionarios en América, y el lento despertar de las tierras coloniales americanas. Cuando entonces un hombre de fama mundial sostenía de modo especial su simpatía por la pronta libertad de Sudamérica, eso debió obrar como una luz en la oscuridad, para indicar la senda, especialmente a la gente joven, en el fortalecimiento de la lucha por la libertad.

Mancini sintetiza el final de la entrevista resolutiva entre el joven Bolívar y Humboldt en las siguientes palabras: "Humboldt n'avait pas manqué de lui parler encore, des sentiments et des aspirations qui se manifestaient parmi les populations américaines. Il disait combien il avait été frappé, surtout au Vénézuéla, de l'émoi, de la colère provoqués par l'exécution d' España, et de ses compagnons. C'était là conclusion habituelle de ces entretiens où Bolívar se montrait chaque fois plus assidu et plus attentif. Quelle radieuse destinée, s'écria-t-il un jour, que celle du Nouveau Monde, si ses peuples se trouvaient affranchis de leur joug, et quelle belle entreprise!" "Certes, lui répliqua son interlocuteur, mais je ne connais pas d' homme capable de la mener à bien".

"Bolívar quitta, ce jour-là, tout pensif le cabinet de M. de Humboldt. Une clarté s'était faite en lui. Il venait d'apercevoir le but où devaient tendre ses énergies, la grande oeuvre à laquelle il brûlait à présent de se vouer. L'existence inutile qu'il menait depuis un an faisait place à des résolutions plus précises. Il se donnait à la liberté comme il s'était donné au plaisir".

Mancini se refiere a un pasaje de la vida de Bolívar (1826-1827) publicado en "Documentos relativos a la vida del Libertador". A esta prueba le falta sin embargo el fundamento. A pesar de la misma aseveración de casi todos los historiadores sudamericanos y biógrafos, no está completamente comprobado el fin de la indicada unión de estos dos hombres. Permanecen como fundamentales tradiciones verbales repetidas, y en Sudamérica opiniones fuertemente enunciadas, cuya última prueba falta, y por eso se les han opuesto dudas justificadas.

Se encuentran muy valiosos datos en "El Libro de Oro de Bolívar", el mencionado trabajo de Cornelio Hispano, que dió a conocer no sólo el encuentro de Bolívar y Humboldt en la forma de otros autores, sino especiales expresiones de Humboldt sobre Bolívar, para tratar de indicarle la obra libertadora. Hispano se apoya en O'Leary, que al parecer coincide con Humboldt.

Una carta de Humboldt al Capitán General de Caracas, muy conocida en Venezuela, del año de 1803, con proyectos especiales de trabajos indispensables, la cual despertó poderosamente la atención del público americano, contiene especiales observaciones acerca de las posteriores revoluciones políticas. Tocante al estudio de las cuestiones tratadas en este escrito, poco dice dicha carta.

En la obra "La Gestión Diplomática del General Alvear en el Alto Perú" está incluída una valiosa nota sobre la admiración de Bolívar por el sabio alemán. En el año de 1825 manifestaba necesidad Bolívar de pasar el Paraguay para libertar a Bonpland allí prisionero, antiguo compañero de Humboldt. Para fundamentar sus intentos se dirigió expresamente a Humboldt.

GUAGUAS DE BOLIVIA EN PARIS

EN el Petit Palais, un siglo de arte francés. De 1850 a 1950. Ahí está toda la pintura desde los tiempos de Ingres y Delacroix, hasta Picasso, pasando por Cezanne, Degas, Toulouse-Lautrec, Renoir, Manet... Centenares de obras, algunas de las malas obras de buenos maestros y algunas de las mejores, ilustran, como dicen los organizadores de la exposición, el genio de los escultores y pintores de una de las más viejas naciones del mundo.

Todo el Petit Palais, en todas sus salas, menos una, con arte francés. La sala que no ocupan los franceses se ha cedido a tres sudamericanas a Julia Codesido del Perú, a Irene Hamar, del Brasil y a Marina Núñez del Prado, de Bolivia. Estas tres mujeres representan el Nuevo Mundo. Enteramente nuevo para los franceses, muy discutiblemente nuevo para nosotros. A lo menos Julia Codesido del Perú y Marina Núñez del Prado, de Bolivia, se apoyan en una tradición artística no europea de muchos siglos.

¿Es posible poner en balanza el arte de esas tres mujeres que vienen de los cafetales del Brasil y de las mesetas de los Andes, pobladas de indios, con la flor de la cultura occidental? ¿Pueden nombrarse el mismo día a Matisse y a Manet con Julia Codesido? ¿A Bourdelle y Rodin con Irene Hamar y Marina Núñez del Prado? Los pobres diablos que tienen poca o ninguna fe en lo nuestro dirán que eso es absurdo. Lo que aparece de bulto en esta ocasión en París es que de todas las salas del Petit Palais la que ofrece un conjunto más sólido, la que da idea de una conciencia artística más segura es la de las sudamericanas. Son tres mujeres sin antecedentes para el público, que se colocan delante de cien hombres de fama universal. Triunfan por su arte, y nada más.

Un pintor francés de este siglo o del pasado se cría en París, andando del Louvre a la academia, y de la academia a Montmartre, moviéndose dentro de un taller gigantesco. Se han probado acá todas las fórmulas para descomponer la línea y el calor, para descubrir intimidades que dilaten los horizontes de la expresión plástica. Hay millares de ingenios siempre alerta para fijar una nueva posición en el arte. Marina Núñez del Prado, en cambio, se ha encontrado un poco solitaria en el altiplano de Bolivia. Ha vivido entre las rocas de basalto que están en el lecho del río, y las indias que bailan menudito como empujadas por la flauta del viento. Ha trabajado en el jardín de su casa, desbastando con sus propias manos las piedras, hasta sacar de ellas sus estatuas. El francés se ha movido dentro de un exceso de experiencia, ajena, la boliviana dentro de un mínimo de experiencias ajenas.

No se expresa Marina Núñez del Prado dentro de ninguna variedad de temas. Su tema es su gente. Es la india que lleva la guagua a las espaldas, la que baila, la que se recoge dentro de su propia ternura. Son las cabezas de los indios aymaras, el maestro —el amauta— los gatos, las llamas. El mundo boliviano es esencialmente decorativo, sin ser artificial. En el indio o en la llama o en las danzas andan siempre unidas la gracia y la nostalgia, la tristeza y la sonrisa, el encanto y el desencanto. París puede tener todos sus triunfos en sus arcos, todas sus flechas en sus torres, toda la ciencia en sus Sorbonas. Pero todas sus gracias y finuras se rinden ante estas indiecitas de basalto negro, que se mueven ahora con sus guaguas a la espalda en un rincón del Petit Palais.

GERMAN ARCINIEGAS

EL PROBLEMA HISTORICO DE AMERICA

por RAFAEL GIRARDOT

EN su libro **Crisis y porvenir de la ciencia histórica** (Méjico, 1947), Edmundo O' Gorman se propuso y ofreció abrir más tarde una indagación sobre el ser de "esa entidad conocida tradicional y habitualmente con el nombre de América". En la serie conmemorativa del IV centenario de la Universidad Nacional Autónoma de Méjico, ha publicado **La idea del descubrimiento de América**, obra en la que lleva a cabo una parte al menos, según parece, del trabajo anunciado en 1947. Una larga reseña de esta obra, que es lo que en verdad merece, no podemos hacerla en tan breve espacio. José Gaos, en **Historia Mejicana** (vol. I. 1952), hizo ya una justamente elogiosa, insuperable.

La literatura sobre el problema de la esencia de América es innumerable. Desde el apogeo del romanticismo han venido dándose sin cesar nuevas y repetidas respuestas sobre la cuestión. Pero hasta ahora el planteamiento sólo se ha hecho desde terrenos parciales: la cultura, la economía, la política, la geografía, la filosofía. Y parece que estas respuestas han caído en un círculo vicioso. Ellas dan, por supuesto, el ser de América y, por tanto, se reducen a mostrar modos de ser, caracteres de un ser no esclarecido aún. La insistencia de la pregunta por el ser de América reclama, claro es, un nuevo planteamiento radical. La manera adecuada de hacerlo ha de ser una manera peculiar: lo que podría llamarse el problema ontológico de América. Se trata pues, de la creación del campo propicio para una ontología de América.

O'Gorman, para ello, parte del análisis de un sentimiento americano originario y primordial: el sentimiento de dependencia con respecto a lo europeo, que ve en una metáfora: "Del tronco procede naturalmente la rama, como de la madre Europa procede la hija América". Con todo, la afirmación misma encierra una verdad: "¿Qué otra cosa significa esa afirmación sino que América tiene un ser peculiar y extraño?" Y tal sentimiento entraña, a su vez, una preocupación por lo europeo. ¿Qué se oculta en ese sentimiento? Con los datos antes citados, O'Gorman halla en la preocupación europea una que le es anterior: la preocupación americana, la inquieutd por América. Es una inquietud de autocomprensión, constitutiva del hombre americano.

Pero América es, hasta ahora, un ente encubierto. Y es encubierto porque la manera de pensarlo es insuficiente. Se parte de una comprensión media del ser de América que se acepta como verdadera. El camino y la tarea consistirán, pues, en examinar la verdad del modo de comprensión del ser de América que hasta ahora se ha aceptado. Ese modo, que es un modo implícito, nos viene dado en otra afirmación: América fué descubierta. Es decir, América es concebida como un ente geográfico descubrible. El problema nos conduce al terreno histórico.

Pero lo que más llama la atención en el trabao formidable de O'Gorman, aparte la elaboración de la historia de la idea del descubrimiento de América, es el hecho de que ante el problema de la esencia de América se enfrenta con presupuestos metódicos hasta el presente desconocidos, o desatendidos —lo que es más grave—, por los historiados hispanoamericanos. O' Gorman indaga filosóficamente y, más aún, con instrumentos conceptuales propios de la fenomenología y del pensamiento de Heidegger. Tales instrumentos podrá reconocerlos el lector fácilmente en el detalle con que plantea el problema; en la elaboración crítica de la historia del descubrimiento —que recuerda los finos y profundos análisis de las teorías psicologistas que Husserl hizo en las **Investigaciones lógicas**—; en la "analítica" del sentimiento de dependencia; y en afirmaciones sueltas— pero no por ello menos capitales—, como la utilización de la idea de comprensión media del ser de América, que tanto recuerda la **durchnittliche Verstandnis** con que Heidegger caracteriza la comprensión del ser en la primera parte de **Sein und Zeit**; y no menos reveladores son los conceptos de América como ente encubierto y de inquietud (cura, **Sorge heideggeriana**) de autocomprensión, constitutiva del americano. Y, en fin, para no hacer más larga la lista de estas felices coincidencias, el propósito mismo de hacer la historia de la idea del descubrimiento, que nos recuerda la "destrucción" (**Wiederholung**) de la historia de la ontología que Heidegger se propone en su obra fundamental. No por eso, la investigación es meramente filosófica. También lo es histórica, fundamentalmente histórica, ya Gaos afirmó que, además, constituía un acabado capítulo de historia de las ideas que nada tiene que envidiar a los mejores de los europeos, de los mejores europeos. No se pecaría de exceso si se afirmara que el libro de O'Gorman es a la historia, y a la historia americana, lo que el **Sein und Zeit** de Heidegger fué, y sigue siendo, a la filosofía. Tienen estructura semejante, y el de O'Gorman habrá de tener igual función en las investigaciones que sobre América se hagan en adelante.

Más claramente viene a expresarse su admiración dicha en dos cartas de Bolívar a su amigo Francia y a la señora Bonpland, de 22 y 23 de octubre de 1823, reproducidas por Blanco-Fombona. Dice, entre otras cosas: "Y el Barón de Humboldt, cuyo saber ha hecho mayor bien a la América que todos los conquistadores", y luego: "Bonpland había sido el compañero del descubridor del Nuevo Mundo". Por "el descubridor", quería decir Humboldt.

Tales palabras de la pluma de Bolívar deben ser conocidas naturalmente como muy valiosos basamentos para la crítica de la cuestión entre estos dos hombres.
de Humboldt en Bolívar.

El reciente descubrimiento de los papeles de la Sucesión de Humbolt en la "Colección de Documentos", de la Biblioteca prusiana de Berlín, ha venido a realizar efectivamente una brillante y esperada rehabilitación de la opinión sudamericana. Para las relaciones de Humboldt con Bolívar no había traído hasta ahora una prueba convincente de solución en la cuestión debatida. La carta de Vicente Rocafuerte, muy amigo de Alejandro de Humboldt, le habla en francés a este último sobre Bolívar y trae allí las amistosas relaciones de B o l í v a r con Humboldt en la forma más grata para éste. Dice terminantemente Rocafuerte que el mismo Bolívar, el que acaba de alcanzar en el Perú una brillante victoria por la libertad del país, y que había lentamente conquistado el rango de héroe, había gozado en París la más bondadosa amistad de Humboldt, de los consejos del gran sabio, y sacado utilidad de la sabia previsión de éste.

La segunda parte de la carta prueba que Rocafuerte, quien en el año **1824** está en Europa en ocupaciones y estudios públicos, se hallaba en aquel tiempo en intensa correspondencia con Humboldt. El tono de esta carta da a entender, por lo demás, las amistosas relaciones entre los dos. Probablemente algún día se encuentren otros elementos de esta correspondencia, pues es seguro que Rocafuerte mantuvo con Humboldt sus relaciones cuando más tarde tomó de modo sabio las riendas del gobierno de su patria y creó la futura formación política del Ecuador. La carta hallada ahora mantiene su importancia para siempre y queda como decisiva para la cuestión aquí propuesta.

Todo constituye una prueba ulterior de la posición de Humboldt en el problema de entonces del desarrollo político de la América española. Humboldt era absolutamente feliz al pensar en la pronta libertad y desarrolla independiente de Sudamérica y creía en ella. Había descrito frecuentemente la situación de las colonias, lleno de admiración por sus poderosas posibilidades de desarrollo, por la riqueza e indomable fuerza de aquellos países Le desilusionaba por la falta de todo plan y por la represiva administración colonial para todo progreso. Repetía que la Corona no sabía en realidad el tesoro que con su reino colonial podía perder. Cuando por último parecía posible la independencia de las provincias coloniales, naturalmente tuvo él siempre especial simptía hacia tan prominente hombre y luchador, como Simón Bolívar".

ROMANCE DE FACUNDO QUIROGA

por RICARDO E. MOLINARI



FACUNDO, Facundo!, quién
te lo pudo decir —nadie—,
que muerte tan desdichada
vendría por tí a llevarte.
(Lloraba el viento, aquel día,
en la mitad de la calle;
tumbos daba la galera
abrazada en polvo suave.
Cubierto de seca espuma
venían fletes de aguante:
con un bayo anaranjado,
obscuros y zainos, loables.
Sentado iba el general
—su infortuna no la sabe—,
el asiento le era duro
y conocido el paisaje.
La ropa llevaba de oro:
laureles y palmas de aire;
quién lo hubiera visto solo,
esa mañana durable:
la cara ruda, poblada,
y el gesto inimaginable;
la nariz oliendo arisca
los anuncios de la sangre.
¡Facundo, Facundo!, quién
te lo iba a decir, qué ultraje
tan tremendo volvería
por tí, en cuenta miserable.
La muerte no respetó
tu espada ni tu semblante;
qué respetará embriagada
si a tí no, desdicha grave).
Ay, 16 de febrero
del treinta y cinco: resbale
por tus horas el olvido.
¡Y tú, nación nuestra, salve!

II

Iba Facundo Quiroga
en su galera volando,
detrás corrían gritándole
las furias y amargos páramos.
De la posta de Ojo de Agua
venía a Barranca Yaco;
las luces se preguntaban:
¿adónde irá tan cercado?
(Qué general tan bonito,
de patillas y entorchados.
Santos Pérez esperaba
con su escuadrón al reparo.
"¡Alto!, que te quieren ver,
general muy apreciado".
salen diciendo al camino
y paran sucios caballos.
El cielo estaba sin nubes,
y era un día de verano;
el aire apenas corría
entre tanto degollado.)
¡Facundo, Facundo!, quién,
ay, te lo iba a contar. ¡Daño
tan desdichado a los suyos,
qué mente lo habrá mandado!
Lloran el viento y las horas,
llora el tiempo solitario,
en los altos y llanuras
—en matojos— tu mal hado.
Ya va Facundo Quiroga
en su galera soñando,
con sus armas disparadas
y con la muerte por ámbito.
¡Facundo, Facundo!, dónde,
en quién, buscarás descanso;
cómo tu amargor ardiente
se detendrá ya acabado.

III

Junto a un tremedal obscuro
se alzó Facundo Quiroga
a mirar su pobre muerte:
su acabada y triste boda.
Cerca a la orilla del agua,
solo, como una paloma,
se ordenó las sucias barbas
y las ramas de la ropa.
—¡Para qué os quiero laureles,
doradas y tiernas hojas;
palmas, cordones, medallas;
luz, voces, tierras e historias!
Para qué, ¡ay, de mí!, tan ciego,
salí con mi banderola
contra mis quietos amigos,
que hoy no me quieren ni lloran.
Cautivo fiel de la nada
miro sin pesar la rosa
de la vida —ya flotando—
y cómo el aire la estorba.
Adiós, vientos, campos, sierras,
montañas, gentes y pompas;
adiós, caballos, galeras,
flores, árboles y sombras.
Muerte mía desastrada,
tan acompañada y sola;
labrada sin reverencia;
¡viva desventura sorda!
Adiós, lunas, arenales,
rías, fuentes, aguas todas;
hombres y mujeres míos.
¡Adiós, luchas y victorias!
—Lloró la arena aquel día;
lloró el viento entre las frondas.
¡El cielo estaba sin nubes
y derramada la aurora!

EL TEMA DEL HOMBRE EN LA FILOSOFIA BRASILEÑA

por LUIS BAGOLINI

EL CIRCULO PAULISTA

Los escritos existencialistas de Vicente Ferreira da Silva, de gran interés y de extraordinaria importancia, demuestran el grado de profundidad y de finura a que ha llegado la especulación filosófica contemporánea en los ambientes culturalmente más vivos de América Latina.

Ferreira da Silva pertenece a un círculo de pensadores que colaboran en la **Revista Brasileña de Filosofía**, dirigida por Miguel Reale. **Se trata de un grupo de jóvenes pensadores de varias tendencias, unidos entre sí por exigencias urgentes de claridad, de diálogo y de crítica;** por obra de estos pensadores, **los temas de la cultura filosófica europea vuelven a considerarse de un modo muy original y alcanzan significados nuevos, en relación con las exigencias del ambiente en el que son tratados. La axiología crítica de Miguel Reale, el idealismo de Renato Czerna, el tomismo de Heraldo Barbuy, el espiritualismo cristiano de Roland Corbisier, son las posturas más relevantes del círculo paulista.**

La variedad de tales posturas no excluye la presencia de una actitud crítica común. En la actitud del diálogo, de la vivificación personal de los argumentos filosóficos, de la lucha contra la cultura arqueológica, del considerar todo tema filosófico a través del significado que este presenta en relación con el ambiente social en el cual es discutido. Esta actitud común de vivificación social y ambiental de los problemas especulativos, hace que la Filosofía brasileña, a pesar de tomar sus temas de las filosofías europeas, tenga a menudo el poder de expresar el dinamismo, la indeterminación, los imprevistos y también las paradojas que hacen extremadamente vital, compleja e interesante la situación histórica y local en que aquellos surgen.

Respecto a la Filosofía brasileña del siglo pasado y de principios de nuestro siglo, hasta las obras de Farias Britto, el grupo paulista revela una indudable superioridad técnica en cuanto a precisión de las exégesis históricas y en riqueza de información de primera mano. Ferreira da Silva es ejemplo indiscutible de una marcada superioridad técnica, que se revela en todas sus obras y particularmente en **Ensayos filosóficos (S. Paulo, 1948)**, en **Dialética das Consciencias (S. Paulo, 1950)**, en la **Exegese da acao (S. Paulo, s. d.)**, en **A última fase do pensamento de Heidegger (Revista brasileira de Filosofía, 1951, págs. 278-289)** y en las recientes **Ideias para un novo conceito do homem (S. Paulo, 1951)**, que constituyen el momento actual de sus investigaciones.

CONCEPCIONES ANTROPOCENTRISTAS

En este último trabajo, examina con extrema perspicacia filosófica, e interpretativa, fragmentos de Boehm, Schilling, Hegel, Holderlin, Nietzsche y Heidegger.

Pretende demostrar cómo en estos autores, aunque en contraste a veces con los motivos fundamentales que inspiran sus respectivos pensamientos, se revelan los elementos de una nueva comprensión de la realidad humana, en lucha contra las metafísicas tradicionales. Heidegger tiene el mérito de haber explicado los motivos de un nuevo concepto de humanistas implícitos en sus predecesores.

En la metafísica tradicional, el hombre era considerado como un ente entre otros entes, como un ser dado, como un "Vorhandensein". En el pensamiento de Fichte, más bien que en el de Vico, encuentra Ferreira da Silva que el principio de explicación genética del lenguaje se traduce en el hecho por el cual el hombre es siempre considerado como **un presupuesto fijo**, un ya existente, que sostiene y alimenta el proceso de sus manifestaciones a través de la palabra.

El autor extiende esta observación crítica a las investigaciones sobre orígenes de la Mitología, efectuadas por Muller, Freud o Cassirer, porque, a pesar de las respectivas diferencias, tales investigaciones van siempre encaminadas a la determinación de las condiciones psicológicas correspondientes a aquellos fenómenos sociales que debieron ser causa formadora de la Mitología.

Ahora bien, como raíz de tal actitud común, en la explicación genética del lenguaje existe todavía una concepción antropocéntrica, donde la Historia, en sus varias determinaciones, es considerada como construcción producida exclusivamente por la subjetividad del hombre y como progresiva encarnación de valores puestos únicamente por él. Existe, en consecuencia, una tendencia a universalizar la situación presente del hombre hasta darle una indebida extensión, a considerar toda la realidad en función de una situación humana presente, y por ello a identificar **el tiempo humano** con el tiempo **tout court**. También el culturalismo sociológico contemporáneo hace partir todas sus investigaciones del supuesto de una homogeneidad histórica en los ambientes sociales y culturales, donde la Historia continúa en su último análisis, siendo considerada como exclusivamente producida por el hombre.

Así, por otra parte, el historicismo no consigue incluir al hombre en una representación que supere los límites antropológicos.

El tiempo y el espacio, desde el punto de vista historicista, son siempre formas de la realidad humana, reducidas simplemente a la esfera de las posibilidades humanas, y no son consideradas en función del ser, esto es, de la realidad en que el hombre vive, y que en sí misma es inagotable e irreductible respecto a las posibilidades del hombre.

MARX, HEGEL, CRISTIANISMO

Marx, según Ferreira da Silva, no ha invertido realmente la concepción de Hegel, sino que ha alargado más bien la perspectiva antropológica hegeliana. Tanto Hegel como Marx, defienden el punto de vista de una metafísica subjetiva para la cual toda objetividad es el producto de la indefinida fuerza de manipulación del hombre.

Ha sido la revelación cristiana la que por primera vez ha contribuído, según el autor, a reducir la Historia a su más restrictiva fase humana. Desde el punto de vista histórico-religioso, la figura de Cristo representaría el vértice en que se realiza la humanización de Dios y la divinización del hombre. Cristo, como amigo de los hombres, ha legitimado religiosamente la venida de una "civitas" humana; así Ferreira da Silva se convence al fin de que el mismo mensaje cristiano, como afirmación de la venida de la subjetividad humana, ha sido históricamente la condición de posibilidad del pensamiento técnico-científico contemporáneo, y por eso de la idea de una indefinida modificabilidad del mundo objetivo por obra de la capacidad productiva y manipuladora del hombre.

SUPERACION DEL ANTROPOCENTRISMO

Pasando por ello del diagnóstico de la antropología —y del antropocentrismo— a las posibilidades de una superación de ellos, insiste el autor sobre la necesidad de instaurar y hacer valer una concepción del hombre en función de un principio **original** y **anterior**. La realidad humana no resuelve en sí misma toda la realidad. El hombre debe ser considerado como un episodio y un "momento" de la "gigantomaquia" del ser.

"Antes y después del hombre, otros protagonistas hubieran podido y pudieron ocupar la escena del tiempo. Debemos trascender el tiempo antropocéntricamente considerado y entrar en una serie temporal más vasta y comprensiva". Desde este punto de vista, el autor que quiere invertir la posición hegeliana: aquello que es abstracto desde el punto de vista hegeliano, es, para el autor, concreto; y viceversa.

La libertad, entendida como libertad subjetiva, es, al fin p al cabo, una esclavitud y una limitación. Para salir de tal limitación, el hombre debe sentirse incluído en la necesidad de la realidad que lo trasciende: no debe ponerse contra la trascendencia.

Estamos hoy, según Ferreira da Silva, próximos al punto crítico en que el antropocentrismo de la cultura tradicional revela los síntomas más evidentes de su crisis. El mecanicismo, la técnica, la actitud puramente pragmática y anticontemplativa del hombre moderno, sumergido en el trabajo de las grandes metrópolis, la nivelación de las ideas, la pérdida del gusto por lo excepcional y por lo auténtico, son todos elementos en los que el subjetivismo antropológico de hoy alcanza su exasperación completa. Para que la personalidad humana supere su crisis y salve su propia autenticidad, es preciso que el hombre asuma una actitud frente a la totalidad de la realidad, que en sí misma, está incondicionada respecto a las posibilidades humanas.

SER, MISTERIO Y ARTE

El ser como totalidad de la realidad, está implicado en todas las actividades humanas y es también inagotable para ellas. Esta inagotabilidad del ser respecto a lo humano coincide con el carácter absoluto e incondicionado del ser. En cuanto incondicionado respecto a toda posibilidad humana, el ser es el misterio que el hombre implica en sí mismo. Asumir una actitud frente al ser en su totalidad es —interpretando, si no me equivoco, el pensamiento del autor— asumir una actitud frente al misterio.

Una actitud frente a aquel misterio del ser —que toda actividad humana implica en sí misma— no puede, evidentemente, resolverse en la lógica ni en la ciencia; debe y puede expresarse únicamente a través del arte.

EL ARTE, PROYECCION DE VALORES

Pero a su vez el arte es, desde este punto de vista, una experiencia humana cuyo principio no puede ser visto exclusivamente en el hombre. El arte según Ferreira da Silva es una experiencia humana a través de la cual la totalidad de la realidad (que en sí misma es inagotable en los términos de la realidad humana), se abre, por decirlo así, y revela sus inagotables posibilidades a través de la acción del hombre. **El arte está condicionado por el ser y condiciona al hombre.** El arte, a través de sus símbolos, y a través del lenguaje, es proyección de valores, de fines fundamentales, de mitos, es creador de dioses.

Los valores, los fines fundamentales, los mitos, los dioses, que la realidad, a través de la experiencia humana, arroja y proyecta hacia delante, son los elementos mágicos y axiológicos que constituyen los significados fundamentales de cualquier época histórica. Nosotros apreciamos las cosas, gozamos y sufrimos, razonamos y nos movemos en cuanto estamos influídos por tales elementos, esto es, por los valores que condicionan nuestra época histórica. Toda época histórica está caracterizada por los valores dominantes en ella. Y por lo tanto la crisis de los valores es también crisis del arte. La crisis del antropocentrismo moderno es crisis de una concepción y praxis de vida en la que el hombre se siente inauténtico. Solamente la creación artística, proyectando nuevos mitos que sirvan para autentificar la vida, podrá sacar al hombre de la situación en que se halla.

EL ERROR DE FERREIRA

Ferreira da Silva, razonando así, no puede fundarse, evidentemente, sobre argumentos críticos y racionales cuya validez sea susceptible de verificación. En su modo de pensar está implicada, como se ha señalado, y antes que nada, toda una crítica del cristianismo; porque el racionalismo, criticismo, positivismo, cientifismo y el tecnicismo planificador que caracteriza la vida moderna tanto en las sociedades de estructura capitalista y burguesa como, bajo un aspecto diverso, en las sociedades de estructura comunista, encuentran su condición de posibilidad y su fundamento, como se ha visto, en la visión antropológica y antropocéntrica de la vida, producida por el cristianismo.

Así la polémica emprendida por Ferreira da Silva contra la cultura contemporánea, aparece radical y significadora hasta un grado sugestivo. Pero yo mantengo aún la duda en torno a esa gran simplificación que da fuerza y coherencia a las páginas del autor. Por ello, he de volver a proponer la objeción ya muchas veces expresada a mi querido amigo en las inolvidables conversaciones de Sao Paulo. Yo no creo que la realidad del mensaje cristiano pueda ser contenida, como él hace, en los límites exclusivos de un principio antropológico y subjetivista: como actitud religiosa, una actitud verdaderamente cristiana debe por fuerza ser escatológica.

La tesis de Ferreira implica una infravaluación del elemento escatológico en el cristianismo. Para mí, en cambio, aquello que verdaderamente cuenta en el cristianismo es el elemento escatológico irreductible, en sí mismo, a los términos de una antropología historicista; por eso la actitud del hombre religioso debe ser la de superar la situación histórica en la cual se ve obligado a vivir en cuanto hombre y ente de carne y hueso. La actitud escatológica es actitud de resistencia al ritmo profano de la Historia, superadora del mal que se determina en el tiempo histórico. No creo pueda negarse que la fuerza auténtica del cristianismo sea la escatología cristiana.

El cristianismo que combate Ferreira es el cristianismo inauténtico: ese cristianismo mundanizado y banalizado que no constituye la auténtica dimensión metahistórica del cristianismo. En la crítica contra el cristianismo inauténtico me encuentro de acuerdo con Ferreira; pero no mantengo el acuerdo cuando no reconoce una autenticidad escatológica cristiana, cuando encierra la realidad cristiana en los límites de una situación espiritual inauténtica y banal.

MISTERIO E HISTORIA

Ferreira es profundamente convincente en su develar los aspectos banales de la vida y de la cultura contemporánea; su diagnóstico es penetrante y acierta completamente a reducir los más diversos aspectos de la cultura contemporánea —del cientifismo al marxismo— al común denominador de un limitado y dogmático antropologismo. Es cierto también que a este denominador común es reductible el cristianismo en algunas de sus generaciones mundanas y conservadoras.

A pesar de ello no se puede negar a la religiosidad cristiana, considerada en relación con el problema fundamental del mal, el significado de una actitud contraria. Desde el punto de vista de un cristianismo auténtico, el misterio está presente al hombre que vive en la Historia; pero está presente sin disolverse en la racionalidad histórica, esto es, perteneciendo como misterio metahistórico y trascendente. Aquí reside la cuestión. En realidad la presencia del misterio en la Historia y el convencimiento religioso cristiano de la irreductibilidad de la realidad divina en los términos de una racionalidad histórica y humana, es lo que impide creer en la Historia como en una realidad absoluta e incondicionada.

Ferreira da Silva combate contra toda forma de antropologismo porque está convencido de que lo que condiciona la Historia humana sobrepasa y trasciende a ésta. Pero este convencimiento no puede ser el de un cristianismo auténtico.

Según Ferreira da Silva, el antropologismo será superado a través de las creaciones artísticas de nuevos mitos religiosos. Y el hombre deberá abrirse asimismo a la posibilidad de tales nuevas creaciones y dejar que éstas se actúen y sigan su ritmo de actuación. Pero ¿qué deberá hacer el hombre para que los mitos no se transformen a su vez en elementos de una concepción —y de una praxis— antropocéntrica y antropológica? Deberá evidentemente mantener vivo dentro de sí aquel sentido de la presencia del misterio que le impedirá creerse y comportarse como creador del mundo. Esto es lo que, en sustancia, piensa nuestro autor.

El sentido del misterio es la salvación contra el mal. Sobre este punto las páginas del autor adquieren el significado de un testimonio de "mostración" más bien que de una demostración. (No puede hacérsenos una demostración de lo indemostrable, esto es, del misterio). Ahora bien, ¿este testimonio nos lleva hacia el ateísmo o hacia la Religión? ¿Nos lleva a una disolución de la Religión en el Arte, a una concepción de lo divino como mitología y como reacción artística, o más bien hacia una actitud religiosa que sea en el fondo la condición de nuestra misma posibilidad de comprender la estructura metafísica del lenguaje y del arte?

MUNDANIDAD Y TRASCENDENCIA

Exastamente aquí frente al problema central que expresan tales preguntas, me parece que el testimonio y el significado efectivo del razonamiento de Ferreira se revela contra sus mismas intenciones. Estas consisten en darnos un concepto neopagano del hombre, profunda y enteramente mundano, en el cual el hombre se adapte al ritmo de la naturaleza, rompiendo a la vez vínculos impuestos por el egocentrismo antropológico. Sus intenciones son las de ofrecernos un ideal anticristiano en el que se exalte la excepcionalidad estética, concebible esencialmente como fundadora de toda forma de experiencia humana o de carácter religioso. Una religión que sería únicamente un conjunto de símbolos y de mitos cambiantes, sucediéndose unos a otros y producidos por la creación estética.

Pero, en su íntima sustancia, el razonamiento del autor podría conducir a un resultado diverso. De hecho, el fundamento mismo de la creación estética trasciende al hombre. Su fundamento es un impulso que supera las posibilidades humanas. Su origen está en la esencia de la realidad que trasciende al hombre. En cuanto trasciende y excede a toda posibilidad humana, la realidad, en su fundamento, es el misterio. La creación artística, es por lo tanto, una explicación del misterio que es inagotable en los límites de la historia humana, aunque se realice a través de ella.

Para no caer en el antropocentrismo, el hombre debe por lo tanto mantener vivo el sentido del misterio en toda manifestación histórica de su acción. Para no volver antropológicamente absoluta la situación histórica y temporal en la que vive, el hombre debe asumir continuamente una posición frente al misterio. Esta posición metahistórica es, en sí misma, la salvación contra aquel mal radical que consiste en atribuir a la Historia un valor absoluto e incondicional. Para no volvèr absoluta la Historia, debo comportarme introduciendo en mi actividad mundana la dimensión metahistórica de lo absoluto.

HACIA UNA ACTITUD RELIGIOSA

Pero ¿qué es esto sino una concreta actitud religiosa, cuando entendemos la Religión en su imprescindible estructura escatológica? La existencia escatológica se polariza de esta forma con la exigencia histórica. Contra la intención de Ferreira, sus páginas conducen a una polaridad e implicación recíproca de historicidad y religión.

A mi parecer sólo puede escaparse al antropocentrismo en la medida en que es posible una escatología. Si toda la actividad humana se resolviera en una pura actitud escatológica, el hombre escaparía al tiempo histórico y a la realidad histórica en que vive (el hombre abso- si fuese absolutamente imposible mundo histórico). Por el contrario, su fuese absolutamente imposible para el hombre asumir una actitud escatológica, el tiempo histórico sería un absoluto y el antropocentrismo resultaría cierto. Y entonces, para salir del antropocentrismo sin presuponer subrepticiamente al hombre como externo a la situación histórica en que vive, es necesario volver a proponer el problema de la relación existente entre escatología e Historia (y por lo tanto de Religión y Economía, de ética-religiosa y ética-utilitaria).

Los dos términos de esta relación van paradójicamente unidos, y al mismo tiempo, son distintos y heterogéneos entre sí. El hombre, viviente en carne y hueso, es probablemente aquel nexo antinómico que se extiende entre el tiempo histórico y la posibilidad de resistir y superar a éste. Si la realidad humana puede configurarse en los términos de semejantes paradojas, ¿cómo será posible y qué significado podrá tener una Filosofía que se proponga esta paradoja como problema? Esta me parece la tormentosa pregunta a la cual, independientemente de la intención del autor, tienen el poder de conducirnos sus extremadamente vivas y sugestivas páginas.

N U S C H

NUSCH tú me faltas y esto es súbito
Como si al árbol le faltara la arboleda

Nunca he escrito un poema sin ti
Ahora estoy en un baño helado
De soledad de miseria
Y las palabras me pesan en el alma
Como harapos sobre una llaga infecta
Y todo lo que digo refleja una ausencia
Recibo al presente como a un tesoro la azada
Y mi sólo placer es hoy matar el tiempo.

Enmascarándose en humo ha ardido el bosque verde
No se veían las hijas ni las llamas
Y tú mi gran estrella negra tú te alejas
Tu círculo es ya sólo un punto en mi dominio

Y tú mi visión enceguecida
Suprime los reflejos los ecos del engaño
Suprime mis pesares de proseguir viviendo
Anula los besos que ya recibo en vano.

PAUL ELUARD

PIERRE LOTI Y EL AMOR DE AZIADE

por EDUARDO MARIO

AHORCADOS EN SALONICA

Mayo de 1876. Frente al puerto de Salónica, acorazados que aún no se han despojado del velamen. Banderas de Francia, Alemania, Inglaterra y Austria en los mástiles. Pero, nada de empavesados de gala. No hay fiesta en la ciudad, pese a que la multitud llena las estrechas calles. De las embarcaciones, cuyos grandes cañones apuntan a la costa, despréndense lanchas numerosas. Remeros y oficiales con uniformes de gala arriman al muelle y suben a los destartalados vehículos. En ellos y, rodeados por la silenciosa multitud, encamínanse a la plaza de la ciudad. Allí es la cosa, precisamente. Pendientes de varias horcas, patalean en las últimas unos cuantos desdichados. Fueron colgados por así imponerlo las "Potencias" —esas pôtencias que tanto han destrozado el mapa balkánico,— como reparación por el asesinato de unos cuantos cónsules.

UN TENIENTE DESCONTENTO

De una de las naves francesas ha desembarcado un joven teniente. Es joven, ciñe su menudo cuerpo una casaca flamante. Grandes y melancólicos son sus ojos. Las manos finas y aristocráticas acarician nerviosas la barbilla. El espectáculo no le ha agradado. Ha resultado una pobre compensación a tantas molestias. Son unos ahorcados sin categoría artística, sucios y grotescos. El teniente esperaba otra cosa. La tradición literaria mostraba otro género de ejecuciones más imponentes, más espectaculares, menos siniestras... No valía la pena haber abandonado la nave. Pero, ya que está... Da una orden al cochero y éste se interna por la maraña de callejas solitarias. Una ciudad muerta. Detrás de las rejas de los harenes no se escucha ni un murmullo. Mas, de pronto, en el lugar menos esperado, tropieza con una cara humana. Sí. Es la de una mujer. Tiene dos grandes ojos verdes que, azorados, se posan sobre aquel extranjero que a tales horas pasea su melancolía y su descontento en un pésimo carricoche. La muchacha se muestra casi sin reparos. Se trata, de todas maneras, de un europeo, de un infiel, de un "giaur". El teniente queda prendado. Casi se detiene ante la reja. Lo hubiera hecho a no mediar la prevención del auriga. Tiene que regresar al puerto. Debe embarcarse otra vez en la lancha. Se impone su presencia a bordo. Regresa. Es un marino. Es, además, Luis María Julián Viaud. Muy pronto, dentro de contados meses, popularizará su seudónimo de Pierre Loti.



PASEOS Y DISFRACES

El teniente regresa, pero el tiempo le resulta insoportable. Su pensamiento está ahora en la población, su recuerdo tras la reja del harén perdido en la callejuela de Salónica, su anhelo en aquellos ojos verdes. Baja a tierra. Penetra en un café. Conoce a un semita servicial y múltiple. En cambio de unas monedas obtiene la realización del milagro. Entra en una casucha vistiendo el uniforme de la marina francesa y, cuando sale, cubriéndose con una dorada casaca de flotantes mangas, tocado con el "tarbuch" y armado con múltiples puñales de damasquinadas empuñaduras, conviértese en un aceptable remedo de rico albanés. Acude al pie de la ventana anhelada. Contempla a la hermosa. Así, varias noches. No la habla, pero, al cabo, consigue besar su blanca mano. Más todavía. Logra decirle algunas palabras aprendidas del obsecuente judío. Son las primeras. Le dice que la ama y, europeo al fin, le pide una cita. ¡Una cita nada menos que a una pobre muchacha circaciana, atada a un marido viejo y celoso, enterrada en un harén! Pero, Pierre Lotí la consigue, que nada significa todo el Islam cuando una mujer ama. Ella se encuentra varias veces con el marino. Pasea con él gracias a la complicidad de sus compañeras de encierro. (Es la más joven de las esposas...) Llega a quedar una tarde a solas con el teniente, en un bote. Lotí levanta el perfumado velo. Sus labios besan los de ella, que son firmes y están fríos.

CONSTANTINOPLA, EN EL BARRIO DE PERA

París telegrafía. Ordena trasladar la nave a las aguas de Constantinopla. Hay que obedecer y obedece. Se separa de la amada. Le promete regresar. Mas, por ahora, el destino muéstrase favorable a los amantes. A los pocos meses, ella también, la dulce y enamorada Aziadé, se traslada —o la trasladan a la capital del imperio. Pierre Lotí se establece en una casita del barrio de Pera. Toma el nombre de Arif Efendi y lleva vestidos turcos en cuanto abandona la nave estacionaria. La casita, modesta, recatada, se halla a la vera de una mezquita cuyo minarete está casi a la altura del primer piso. El almuédano, cada vez que sube a orar, saluda a su nuevo vecino.

Llega Aziadé. Pierre Loti estaba ya enfermo de impaciencia; pero, cuando la tiene a su lado, apodérase de él el entusiasmo. Le parece inverosímil la realización cabal de aquel sueño. Se adoran. La dulce voz de ella le dice continuamente: "Se verin seni Lotim..." Te quiero, mi Lotí. "Me comunicaba sus pensamientos más con sus ojos que con su boca", dice él en una de sus cartas. El idilio dura algunos meses. Ella, burlando al indiferente esposo; él, engañando a su imaginación. Un día le dice que, si ella lo ordena, se convertirá en un marino turco; otro le propone huir, escapar a Europa, ocultarse en cualquier ciudad lejana. Sueños, fantasías, ilusiones, siempre entre besos, eternamente amándose.

REVOLOTEA UN PAJARO

Cierta noche, en uno de los paseos, sobre ellos revolotea un pájaro de mal agüero. Se estremece Aziadé. Tomándole por la diestra, entre lágrimas, le dice: "Bu chok fana, Lotí..." Es un mal presagio, Lotí. El sonríe. Pero... En efecto. Una triste mañana el marino recibe la orden de partir. Todo ha sido en vano. No le es posible quedarse al lado de su amada Aziadé. La pequeña circaciana se ha adentrado en el corazón de Pierre Lotí. La despedida es dolorosa. Ella tiene el presentimiento de que aquel momento es decisivo. El promete regresar, escribirle. Las postreras palabras de Aziadé son éstas: "Cuando regreses estaré muerta".

DESDE LEJOS

Parte el marino. Comienza a recorrer los mares del mundo. La escribe cartas que ella recibe luego de pasar por tres o cuatro intermediarios. Le contesta. Hay un largo silencio. Lotí se impacienta. Escribe a varios amigos en demanda de noticias. Ha estallado la guerra. Todo el imperio es un infierno de odios, persecuciones y locura. Desesperado, el amante obtiene una breve licencia. Son varios los años que han pasado. Aquel silencio de su Aziadé lo tortura. Cuando llega a Constantinopla, recorre cuantos lugares le parecen los más indicados para saber de ella. Al fin, por boca de una vieja esclava, se entera... Aziadé ha muerto.

Y no le queda más que indagar dónde se halla su tumba para aproximarse a ella y evocarla.

LAS DESENCANTADAS Y AZIADE

Años y años. Pierre Lotí es ya el escritor famoso y predilecto de las gentes de Turquía. Se le recibe como a un príncipe. Las doncellas se afanan en conocerlo. Trámance citas y entrevistas. Tres muchachas —las desencantadas— conviértense en confidentes del escritor. Luego huirán del hogar y se convertirán en comidilla literaria. Pero, por el momento, son tres muchachas enveladas que acompañan a Pierre Lotí muchas tardes hasta la tumba de Aziadé, que está fuera de la muralla de Estambul, a la sombra de una lápida que, en dorados caracteres, dice: "Una oración por el alma de Hadija Hanum".

MARIO

UN CUENTO DE

ALBERTO MORAVIA

FUE así. De mañana temprano, me levanté cuando Filomena aún dormía, tomé la valija de herramientas, salí de casa a hurtadillas y fuí a Monte Parioli, en la calle Gramsci, donde había una calefón de baño descompuesto. ¿Cuánto tiempo le habré puesto para hacer la reparación? Seguramente un par de horas, porque tuve que desmontar el tubo y volverlo a armar. Terminado el trabajo, con ómnibus y tranvía, regresé a la vía del Coronari, donde tengo la casa y taller. Tomen nota del tiempo: dos horas en Monte Parioli, media hora para llegar, media hora para volver: tres horas en total. ¿Qué son tres horas? Mucho y poco, digo yo, según los casos. Yo le había puesto tres horas en poner en condiciones un tubo de plomo; otro, en cambio...

Pero vayamos por partes. Al desembocar en vía del Coronari, caminaba rápido junto a los muros, cuando sentí que me llamaban por mi nombre. Me dí vuelta: era Fede, la vieja que alquila piezas y vive frente a nuestra casa. Esta Fede, pobrecita, tiene dos piernas tan gruesas a causa de la gota que llega a parecerse a un elefante. Jadeaba al decirme:

—Qué siroco hoy... ¿vas para allá? ¿Me ayudarás a llevar la cesta?

Le respondí que lo haría gustoso. Pasé las herramientas sobre el otro hombro y tomé la cesta. Ella siguió caminando a mi lado, arrastrando esas dos columnas de piernas bajo la amplia falda. A poco, preguntó:

—Y Filomena, ¿dónde está?

Contesté:

—¿Dónde ha de estar? En casa.

—Ya, en casa —dijo, inclinando la cabeza—, es natural.

Pregunté tanto por hablar:

—¿Por qué es natural?

Y ella:

—Es natural... ah, pobre hijo mío.

Ya sospechando, dejé pasar un momento y luego insistí:

—¿Por qué pobre hijo mío?

—Porque me das pena —dijo aquella bruja, sin mirarme.

—¿Y por qué?

—Porque no son más los tiempos de antes... las mujeres de hoy ya no son como las de mi tiempo.

—¿Por qué?

—En mis tiempos se podía dejar a la esposa en casa, tranquilo... como se la dejaba, así se la encontraba... hoy, en cambio...

—¿En cambio, qué?



—Hoy no es así... basta... dame la cesta; muchas gracias.

Para entonces, toda la alegría de aquella linda mañana se había hecho veneno. Reteniendo la cesta, dije:

—No se la doy si no se explica... ¿qué tiene que ver Filomena en todo esto?

—Yo no sé nada —dijo ella—, pero hombre avisado, hombre medio salvado...

—Al fin y al cabo —grité— ¿qué ha hecho Filomena?

—Pregúntaselo a Adalgisa —me respondió; y esta vez tomó la cesta y se alejó con una agilidad que no le conocía, casi corriendo dentro de su larga pollera.

Pensé que ya no tenía sentido ir al taller, y volví sobre mis pasos en busca de Adalgisa. Por fortuna, también ella vivía en la vía del Coronari. Adalgisa y yo habíamos sido novios antes de conocer a Filomena. Se había quedado soltera y yo sospechaba que esta historia sobre Filomena la hubiese inventado precisamente ella. Subí cuatro pisos, golpeé fuerte en la puerta con el puño y por poco no le dí en el rostro, pues abrió la puerta bruscamente. Estaba arremangada y tenía una escoba en la mano. Dijo, seca, seca:

—Gino, ¿qué quieres?

Adalgisa es una muchacha no muy corpulenta, agradable, pero con la cabeza un tanto grande y el mentón saliente. A causa del mentón la llaman cucharona. Pero no hay que decírselo. En cambio yo, hecho una víbora, se lo dije:

—¿Eres tú, cucharona, la que anda diciendo por ahí que Filomena hace no sé qué mientras estoy en el taller?

Me miró con ojos rabiosos:

—La quisiste a Filomena... ahora la tienes...

Entré y la tomé por un brazo. Pero la solté al instante, porque me miraba como abrigando esperanzas. Dije:

—¿Has sido tú, entonces?

—Yo no fuí... como me lo dijeron, así lo repetí.

—¿Y quién te lo dijo?

—Giannina.

Nada dije y ya iba a salir, pero ella me retuvo y agregó mirándome provocativa:

—Y no me llames más cucharona.

—¿Y qué, no lo tienes acaso el cucharón? —contesté, soltándome y bajando la escalera precipitadamente.

—Mejor el cucharón que los cuernos —gritó ella, asomándose a la baranda.

Ahora comenzaba a sentirme mal. No me parecía posible que Filomena me traicionase, dado que en tres años que llevábamos de casados no había hecho más que cubrirme de caricias. Pero veían qué cosa son los celos. Precisamente esas caricias, a la luz de lo dicho por Fede y Adalgisa, me parecían una prueba de la traición. Basta. Giannina era cajera de un bar próximo, siempre en la vía del Coronari.

Giannina es una rubia linfática, de cabellos lacios y ojos de porcelana azul. Calma, lenta, reflexiva. Me acerqué a la caja, y dije en voz baja:

—Dime un poco, ¿fuiste tú quien inventó que Filomena recibe gente en casa cuando no estoy?

Ella atendía a un cliente. Golpeó con los dedos sobre las teclas de la máquina registradora, arrancó el boleto, sin alzar la voz, pidió:

—Dos cafés... —y luego, tranquila, preguntó—: ¿Qué me dices, Gino?

Repetí la pregunta. Ella entregó el vuelto al cliente y luego respondió:

—Gino, ¿te parece que yo inventaría una cosa semejante sobre Filomena... mi mejor amiga?

—Entonces Adalgisa se lo habrá soñado...

—No —corrigió ella—, no... no lo ha soñado... pero yo no lo inventé... lo repetí...

—¡Qué buena amiga! —no pude hacer a menos de exclamar.

—Pero también dije que no lo creía... esto, Adalgisa no te lo ha dicho...

—Y a ti ¿quién te lo había contado?

—Vincenzina... salió a propósito del taller de planchado para decírmelo.

Salí sin saludarla y me fuí enfrente, al taller de planchado. Desde la calle alcancé a ver a Vincenzina, parada frente a la mesa, presionando la plancha con ambos brazos. Planchaba. Vincenzina es una muchacha pequeñita, con cara de gato, morena, morena, vivaz. Sabía yo que tenía debilidad por mí, y efectivamente, apenas le hice seña con un dedo, dejó la plancha y salió afuera. Dijo ilusionada:

—Gino, dichoso los ojos que te ven.

Respondí:

—Chismosa, ¿qué andas diciendo que Filomena recibe hombres en casa mientras yo estoy en el taller?

Y ella, un tanto desencatada, balanceándose, con las manos en los bolsillos del delantal:

—¿Te disgustaría?

—Responde —insistí—: ¿Fuiste tú la que inventó esa infamia?

—Uh, qué celoso eres —dijo encogiéndose de hombros—. ¡Qué gran cosa! Una mujer no podrá ahora charlar un poco con un amigo...

—Entonces fuiste tú.

—Oye, me das pena... —dijo un momento después la pérfida—; ¿qué quieres que me importe de tu mujer?... yo no he inventado nada... me lo dijo Agnese... hasta el nombre sabe ella.

—¿Como se llama?

—Que te lo diga ella.

Ahora estaba seguro de que Filomena me traicionaba. Hasta se conocía el nombre. Involuntariamente pensé: "Por fortuna no tengo en la bolsa ninguna herramienta pesada, porque podría perder la cabeza y matarla". No lograba convencerme: Filomena, mi mujer, con otro. Entré en la cigarrería donde Agnese vendía cigarrillos por cuenta del padre. Arrojé el dinero sobre el mostrador, diciendo:

—Dos cigarros.

Agnese es una muchacha de diecisiete años, con una mata de cabellos crespos, secos e hirsutos. Tiene la cara hinchada, empolvada de polvo rosa, pálida, sin colores, con dos ojos negros como vara de laurel. La conocí como la conocen todos en la vía del Coronari. Y como lo sabían todos, así también sabía yo que era interesada, capaz de vender su alma por dinero. Mientras me daba los cigarrillos me incliné para preguntarle:

—Dime un poco, ¿cómo se llama?

—¿Pero quién? —me contestó, sorprendida.

—El amigo de mi mujer.

Me miró aterrada; debía tener yo muy mala cara. Respondió al instante:

—Yo no sé nada.

Traté de sonreír.

—Vamos, dímelo... si ya todos lo saben. Sólo yo no lo sé. —Me miraba fijo, meneando la cabeza. Entonces agregué—: Mira, si me lo dices, te doy esto. —Y saqué del bolsillo el papel mil que me dieran esa mañana por la reparación.

A la vista del dinero se turbó, ni que le hubiera hablado de amor. Le tembló el labio, miró en torno suyo y luego, poniendo una mano sobre el billete, dijo en voz baja:

—Mario.

—¿Y cómo lo has sabido?

—De tu portera.

Entonces era verdad. Como en el juego del frío y caliente, estábamos ya en mi casa y pronto estaríamos en mi departamento. Salí de la cigarrería y corrí hasta mi casa, algunos portones más lejos. Entretanto iba repitiendo: "Mario", y ese nombre desfilaban ante mis ojos todos los Marios que conocía: Mario el herrero, Mario el ebanista, Mario el frutero, Mario el ex soldado que ahora estaba desocupado, Mario el hijo del salchichero, Mario, Mario, Mario... En Roma habrá un millón de Marios, y en vía del Coronari un centenar. Entré en mi casa y me fuí derecho a la portería. Vieja y bigotuda como Fede, la portera estaba sentada con las piernas abiertas, un bracero entre los pies y un hato de achicoria para limpiar, en la falda. Asomándome, pregunté:

—Diga un poco, ¿usted inventó que Filomena, en ausencia mía, recibe a un cierto Mario?

Irritada, respondió al instante:

—¿Quién inventó nada? Es tu mujer la que me lo dijo.

—¿Filomena?

—Ajá... Me dijo: "Debe venir un joven así y así, que se llama Mario... si Gino está en casa dile que no suba, pero si Gino no está, déjalo que suba..." Ahora está arriba.

—¿Está arriba?

—Y claro... subió hará una hora.

Entonces, Mario no sólo existía, sino que ahora estaba con Filomena, en mi casa. Me lancé escaleras arriba, subiendo de cuatro en cuatro los tres pisos, llamé. Filomena misma salió a abrirme; inmediatamente noté que ella, siempre tan plácida y serena, parecía despavorida. Dije:

—¡Qué bien!... Cuando no estoy recibes a Mario.

—¿Pero cuándo?... —comenzó a decir ella.

—Sé todo —le grité; y quise entrar. Pero entonces ella me cerró el paso diciendo:

—Y déjalo... ¿qué te importa? vuelve más tarde.

Esta vez ya no vi más. Le di una bofetada, gritando:

—Ah, es así, conque no debe importarme— y luego, de un empujón la hice a un lado, y corrí hacia la cocina.

Al diablo las charlas de las mujeres y al diablo las mujeres. Esta Mario, sí, sentado a la mesa, en tren de tomar el desayuno, pero no era Mario el ebanista, ni Mario el frutero, ni Mario el hijo del salchichero ni ninguno de los tantos Marios en los que pensara por el camino. Era simplemente Mario, el hermano de Filomena, que había estado dos años en la cárcel por robo y violación de domicilio. Yo, sabiendo que un día saldría en libertad, habíale dicho a Filomena: "Mira que en casa no lo quiero... no quiero ni siquiera oír hablar de él". Pero ella, pobrecita, que quería bien al hermano por muy ladrón que fuera, quiso recibirlo igualmente en mi ausencia. Mario, viéndome así fuera de mí, se había puesto de pie. Jadeante, dije:

—Hola, Mario.

—Me voy —me dijo, apático—. No tengas miedo... me voy... eh, ¿qué tendrá de malo?... ni que fuera apestoso.

Oía a Filomena sollozando en el corredor y ahora me avergonzaba de lo que había hecho. Dije confuso:

—No, quédate... por hoy quédate... quédate a comer... ¿verdad, Filomena? —agregué volviéndome a ella, que se había detenido junto al umbral, secándose las lágrimas—. ¿Verdad que Mario puede quedarse a almorzar?

Remedié como pude la cosa y luego me dirigí al dormtiorio, llamé a Filomena, le dí un beso e hicimos las paces. Quedaba, sin embargo, el asunto de las habladurías. Titubeé, pero luego dije a Mario:

—Vamos, Mario, ven al taller... puede ser que el patrón te ofrezca algo.

Me siguió, y cuando ya estábamos en las escaleras, agregué:

—Nadie te conoce aquí... en estos años has estado trabajando en Milán... ¿comprendido?

—Comprendido.

Bajamos, y cuando estuvimos frente a la portería tomé a Mario del brazo y lo presenté diciendo:

—Este es Mario... mi cuñado... viene de Milán... ahora se quedará aquí, con nosotros.

—Mucho gusto, mucho gusto.

"El gusto es todo mío", pensé, mientras salíamos a la calle. Por chismes de mujeres había perdido mil liras, y, ahora, por añadidura, tenía al ratero en casa.

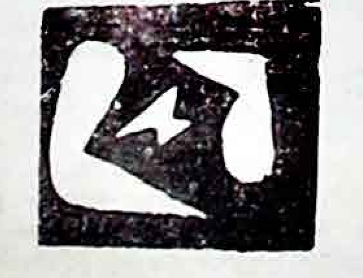
POLITICA Y LITERATURA

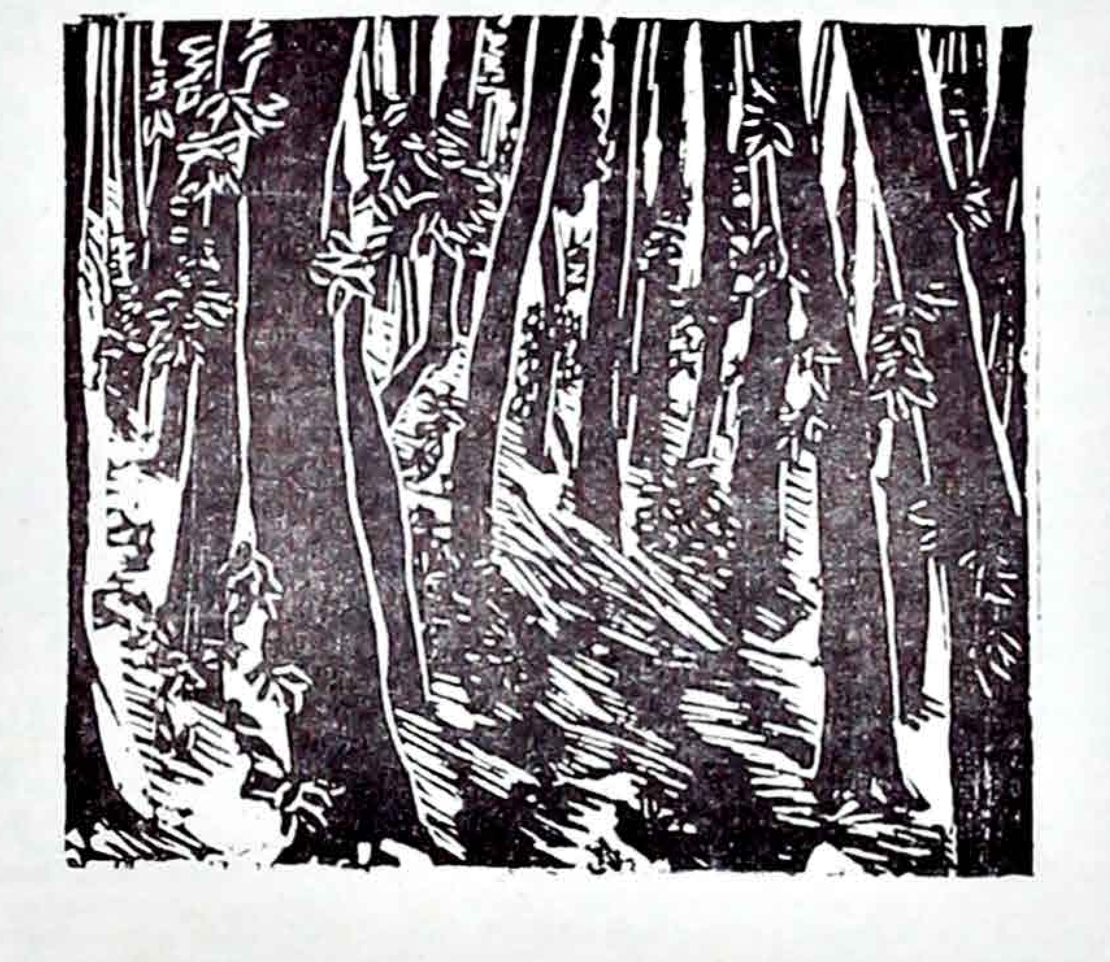
por RAFAEL GUTIERREZ

EL partido cívico cultural Jalisco, de Guadalajara, formado de preferencia por intelectuales jaliscienses, inició, ya en el mes de septiembre del año anterior, la publicación de su revista, con el objeto inmediato de apoyar la candidatura del escritor jalisciense Agustín Yáñez para gobernador del Estado. La novedad del partido es de por sí significativa. No sólo por el hecho de ser una revista literaria que hace campaña política, sino, en especial, por lo que detrás de la intención se revela. Sobre la plena realización o fracaso que puedan tener los puntos que **Odiseo** —tal es el nombre de la revista— se ha trazado como programa, no sólo no podrá darse juicio en su día, sino que será del todo imposible reprochar y valorar, según el caso, si no se tienen en cuenta antes que nada los presupuestos y fundamentos que han movido a los integrantes del grupo de Jalisco a constituirse en partido. Por lo pronto, quizá sea ésta la primera vez que el intelectual con plena conciencia de su situación se resuelva a intervenir políticamente en la vida política, no sólo prestando "orientación y consejo", como quería don Alfonso Reyes, sino mezclándose real y efectivamente en la vida del diario trajinar político. Pero no ha de quedarse en esta menuda campaña gubernamental. "Lejos del egoísmo individualista —dice el editorial—, nos asociamos persiguiendo una finalidad doble: ejercer la ciudadanía y hacer asequible la cultura a todos los grupos humanos a que nos sea dable llegar. Si el arte es inútil desde un punto de vista práctico, queremos en nuestras relaciones perecederas con nuestros semejantes ser útiles, actualizar nuestras posibilidades sociales". Tal es en pocas palabras, el núcleo del pensamiento del partido cívico cultural Jalisco. Claramente dejan sentado los intelectuales jaliscienses que no pretenden hacer literatura ancilaria, sino, por decirlo de un modo, política ancilaria.

En el número primero, el ensayo más destacado de los que se publican es el de José Luis Martínez, "Los problemas de nuestra cultura literaria". Para Martínez, como todo organismo vivo, el nuestro —individuo o comunidad— requiere ajustes periódicos que pongan en marcha, a la vez, nuestros quehaceres intelectuales y espirituales y nuestras convicciones. Para llevar a cabo este reajuste, conviene distinguir dos órdenes generales de problemas: los de orden interno: calidad, perfección, problemas de técnica y estilo, etc., y los de orden externo: relación del escritor con la realidad, con la sociedad, con el mundo circundante. Por circunstancias diversas, el escritor casi siempre olvida este último orden de problemas. Pero tal olvido es imposible. Hay como una circulación invisible que en cada coyuntura histórica va rigiendo las tareas individuales. Cuando ésta se olvida, uno de los problemas inmediatos es el de intentar reanudar esa corriente y reafirmar o rectificar nuestros pasos. Desde estos presupuestos metódicos elementales, Martínez halla la cultura mejicana viciada de insularidad. Esta está montada sobre elementos externos a las letras —orden político y económico— y, consecuencia de esto, la creación provinciana de mitos y de tablas de valores a los que no se duda en darles alcance universal. Somos nuestros propios jueces y consumidores, pero ello encierra una multitud de limitaciones. Sólo con asomarnos al mundo exterior nos damos cuenta de la fragilidad de nuestros mitos. "Padece ciertamente nuestro orgullo siempre que nos aventuramos fuera de nuestra corte". Pero llegados a la madurez, y tal es el estado que actualmente se percibe en nuestra cultura literaria, ya en el umbral, conviene poner a prueba universal nuestras creaciones. Lo cual no quiere significar ni un retorno a la extranjerización ni un acrecentamiento de la furia nacionalista. "La salud y la fortaleza de nuestra cultura vendrán tanto de la profundidad de nuestras raíces como de la altura y la amplitud de nuestras frondas, abiertas para todos los aires del mundo". Por reciente, esta afirmación no deja de ser vieja. Pero aunque hecha por los mejores de nuestra América, no es siempre recordada ni menos aún puesta en práctica. Esta noticia no quedará truncada si dejamos aquí suelto el cabo. Martínez se pregunta a continuación cuáles son los problemas que plantea la divulgación cultural. Este párrafo final del ensayo deja entrever dichos problemas y, a la par, traza un noble programa: "Nuestra misión es la de destruir esa falacia convenenciera de los mercaderes —los malos dirigentes y directores de la prensa, la radio, el cine— y mostrar y demostrarles a ellos que nuestro pueblo es capaz de interesarse por toda la tradición humana que ha constituído la mejor nobleza del hombre, la tradición de pensamiento, de historia, de leyenda, de poesía, de teatro, de novela, de arte, de ciencias, de técnicas; que poseemos una tradición nacional de cultura, especialmente en sus creaciones populares, cuya calidad y originalidad nos enorgullecen, y es digna de que la acrecentemos; y aun probar que el hacer bien espiritual al pueblo puede ser, llegado el caso, mejor negocio que corromperlo. He aquí una magna tarea en la que todos tenemos una responsabilidad".

La revista tiene secciones fijas de poesía, narración, artes plásticas, crónicas culturales y biografía. Su director es don Emanuel Carballo, y en ella colaboran, como miembros del Consejo de Redacción, todos los intelectuales de Jalisco. En realidad, ningún intento tan halagador como éste se ha llevado a cabo hasta ahora en Hispanoamérica. En la hora de la convulsionada madurez política, sólo los intelectuales pueden iluminar los caminos.





BIOLOGIA, CIVILIZACION Y CULTURA

HE aquí que el primer síntoma espeluznante ha aparecido. Era algo que no estaba previsto por los habituales agoreros, adivinos y profetas que lanzan sus fórmulas cabalísticas y sus mensajes. En cierta ocasión, don Miguel de Unamuno dijo que lo malo no era que el hombre procediese del mono, sino que volviese a él. La prensa diaria nos ha traído la noticia de un soldado —creo que en la India— que, al presentarse al habitual reconocimiento previo, se ha descubierto que estaba dotado de un apéndice caudal, si no recuerdo mal, de cuarenta y cinco centímetros. Este soldado con cola ha sido el primer síntoma nefasto. El que esto escribe lo había previsto hace ya mucho tiempo, visto el giro que iban tomando las cosas. Al pasar todas las mañanas por una piscina en la que, invariablemente, se encuentra a tres o cuatro atletas que bracean haciendo ejercicios respiratorios y que se columpian en una barra metálica, más de una vez he pensado que no está remoto el momento en que, liberándose del artificio gimnástico, huyan por las ramas de los árboles próximos.

El cultivo de la fortaleza física es algo muy encomiable para llevar una vida sana, alegre y desprovista de malos humores. Pero su polo opuesto es hacer precisamente objetivo de la vida el cultivo de la fortaleza física. Un mundo como el de hoy, en el que goza de un mayor y más universal prestigio un boxeador famoso, un conocido deportista, que un premio Nóbel, es de esperar que no acabe de buena manera.

A ello habría de añadirse el creciente prestigio que están adquiriendo en el extranjero los campos de nudistas, la vuelta al estado de Naturaleza y otras zarandajas que —laudables cum grano salis—, tomadas sin parvedad, contribuyen a dirigir el mundo hacia un callejón sin salida, en el que, a poco que nos descuidemos, ya que —según parece— no sólo es posible la herencia de los caracteres adquiridos, sino la adquisición de caracteres dimanados de los hábitos cotidianos. El soldado con cola ha sido el primer toque de aviso. Por estos mismos días, también un antiguo soldado de las Fuerzas Armadas en Europa se ha convertido en una encantadora muchacha. El clima de confusión parece como si cuajase en realidades objetivas.

Lo cierto es —digamos dejando el tono zumbón y humorístico— que en estos últimos tiempos se ha hablado mucho de la suplantación que ha venido a hacer la civilización de la auténtica cultura. La cultura está en peligro, es lo cierto. Pero no lo es menos el grave problema de que la civilización ha venido a ponerse al servicio de un esquema primitivo de la vida. Que si la civilización es una degradación de la cultura, aun cabe el riesgo terrible de una degradación de la civilización misma.

C. T. L.

MUTIS EN EL ASCENSOR

por FELIX ALVAREZ M.

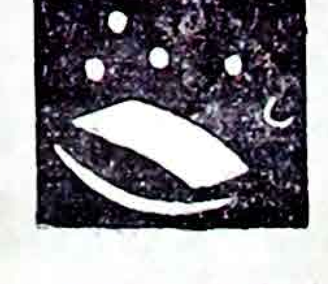
A ciencia cierta no se sabe el porqué de ello, pero el ascensor es uno de los artefactos que debe hacer pensar a sus ocupantes en los más tristes y terribles recuerdos. Todavía no he usado ninguno de estos vehículos verticales en los que haya podido llegar a mis indiscretos oídos ni una sola conversación de esas que se celebran tan abundantemente por esos mundos transportables de Dios.

Subimos a un tren, y lo primero que se nos ocurre decir, y que entra en las más elementales reglas de cortesía, es: "Buenos días, buenas tardes", etcétera. Allí se hace el silencio mientras las familias, desde el andén, charlan, dan consejos, encargos, se despiden, lloran, y muchas veces gozan en su interior, porque la persona que pierden las molesta en extremo. Comienza la marcha, y lo primero que hacemos es escrutar en los rostros de los demás. Pasamos revista a nuestros compañeros de viaje. Pretendemos ahondar en los más íntimos pensamientos de todos ellos. ¿Cómo será ese señor de la cabellera rizada? Parece simpático; pero ¡no!, su aspecto no me gusta. Esa corbata que lleva es bastante estrambótica. A ver si resulta ser uno de esos parlanchines que, cuando toman la palabra, uno tiene que volverse todo oídos, y, ¡caramba!, estoy perdido.

No; no nos gusta mucho entablar conversación con ese señor de la cabellera rizada y la corbata estrambótica. Exploraremos otra nueva y futura amistad. ¡Oh!, qué agradable debe de ser aquella señora. Es entrada en años, pero su aspecto es apacible y bodadoso. La cabeza cubierta en su mayor parte de canas y con una sonrisa a flor de labios. Pero ¿y si después es de las que le hacen a uno el padrón completo?

De la conversación van saliendo nuevos temas, y la que empezamos la señora con la cabellera cuajada de canas en su mayor parte y yo ha pasado a ser un recuerdo. Todos hablan; todos, menos el señor de la cabellera rizada y corbata estrambótica. ¡Qué equivocación la mía!

Esto pasa en el tren y también en el ómnibus, no una vez ni dos, sino todas las que viajemos. Pero ¡si vamos al fútbol!; bueno, si vamos al futbol, para qué contar. Solamente hace falta que el juez de la contienda corte una jugada o sancione una falta. No es necesario otra cosa. Si el señor que está delante es de nuestro club, la conversación la tendremos asegurada. Desde ese momento sube el escalón, si puede; se coloca a nuestra vera, y nos dará la razón a todo. Si no es de nuestro "bando", tampoco hay quien evite la discusión. Nosotros lo dejamos por imposible; pero cada vez que nuestro equipo haga una falta, ya tendremos al vecino volviendo la cabeza e increpando contra tal o contra cual. En fin, así en todos los sitios. Si del cine se trata, ¡caramba, que no molesta ni nada que se siente a nuestro lado una persona que comente la proyección!



Pero cuando llegamos al ascensor, ¡plaf!, parece que a cada uno de los ocupantes un extraño mecanismo les impidiera hablar. Hasta el empleado es extraño. Por no hablar no se dice ni el piso a que se va. Todos cerca. Uno junto al otro, los escaladores mecánicos nos miramos con interés. A veces nos parece indiscreto mirar frente a frente, y aunque la persona esté delante de nuestras pupilas, alzamos la vista haciéndonos los distraídos. ¡Es interesante lo que estamos viendo! "Carga máxima, 500 kilogramos". "X y Z, S. A. — Ascensores y montacargas. — Calle L. núm. 20". "Se prohibe fumar". En otras ocasiones, la curiosidad nos hace que miremos a tal o cual persona de soslayo.

Es verdaderamente curioso, desde luego. Hasta dos personas amigas, que anteriormente venían andando en animado coloquio, al traspasar las puertas hacen un profundo silencio, como si de no hacerlo así peligrara "la vida del artista". Hasta tal punto llega este mutismo, que muchas veces los menos atrevidos nos callamos cuando el ascensorista pregunta: "¿Pisos, por favor?" Entonces, los más locuaces dicen: "Sexto, quinto, cuarto". Y llega el momento de aprovecharnos de que nosotros vamos al cuarto, quinto o sexto, y, en la seguridad de que parará, no tenemos que hablar más.

Todo, todo es raro dentro de un ascensor. Todo misterio. Hasta el empleado que cierra la puerta, sin mirar a nada se vuelve de espaldas al mecanismo, y como un diestro taurino en su mejor faena hace que nos elevemos apaciblemente.

En fin, cualquiera sabe el porqué de todo esto. Poque es indudable que si en un tren, al llegar a nuestro departamento damos los buenos días o las buenas tardes, poco trabajo nos costaría darlos en el ascensor. Tampoco lo es el que si un tranvía Muchas, muchas veces nos estamos esperando al ascensor durante un buen tiempo, y cuando la flechita señala que aquél baja, de pronto una luz roja nos indica que se ha parado en un piso intermedio y comienza de nuevo la ascensión. Podíamos discutir con el ascensorista, que, en realidad, tiene más culpa por la tardanza que la que pueda tener un pobre conductor de colectivo en la de su coche.

Todo ello es un misterio. Posiblemente sea uno de esos complejos que tanto abundan en la actualidad, y que el aspecto que tiene el ascensor, encerrado en uno de esos camarines ocultos y tenebrosos, nos transmita una impresión tal a los viajeros que no seamos capaces de decir: "Esta boca es mía".

LOS MINERALES RADIOACTIVOS

por el ingeniero

EMILIO FRIGERIO CORTEZ

II

Depósitos y yacimientos sedimentarios.—

a) Yacimientos en esquistos betuminosos.
b) Lavaderos.
c) Areniscas simples.

a) Esquistos betuminosos.—

Solamente nos podemos referir a la existencia de algunos grandes depósitos que constituyen en la actualidad, las zonas potenciales-estratégicas de los minerales de uranio más ricas, en cuanto perspectiva potencial y a los depósitos de este tipo que se trabajan intensamente en los esquistos de Alum, Suecia.

Los esquistos en referencia son de origen marino y muy antiguos por cierto. Lo único que se conoce sobre el contenido de mineral radioactivo en estas rocas, es que la tendencia de la radioactividad se establece preferentemente en las zonas más ricas de la roca; sobre su mineralogía no se ha podido determinar nada en concreto. Bajo el microscopio, no ha sido posible determinar la existencia de los minerales radioactivos, pero sí la radioactividad de estas rocas betuminosas ha sido completamente determinado, variano esta entre 0.01 % y 0.02 % U308. Se ha especulado bastante sobre las posibilidades de concentración que pudiera encontrarse de los minerales radioactivos en este tipo de rocas. Muchos se atreven a adelantar que los iones de uranio podrían encontrarse directamente absorbidos en los minerales de arcilla o bien en la materia orgánica. De ser así, no sería muy aventurado el pensar y referirse al origen de ciertos petróleos e hidrocarburos en general, partiendo del bombardeo directo de las materias grasas, ácidos, por las partículas alfa emitidas por el mineral radioactivo existente.

En los EE. UU. en la región de Antrim y Chattanooga se han determinado enormes extensiones de esquistos betuminosos que hacen reaccionar con alta frecuencia al contador Geiger. Luego tenemos los enormes depósitos cámbricos de Suecia. Finalmente nos referimos a los depósitos de la Rusia, de origen sedimentario cambro - ordovícicas, que han recibido especial atención por parte de los técnicos rusos, que parece encontraron la solución de su aprovechamiento industrial, venciendo las dificultades técnicas y las bajas leyes del mineral betuminoso.

b) Lavaderos.—

Muchos son los distritos que trabajan lavaderos, no sólo por los minerales radioactivos sino por otros que lo acompañan. Entre los lavaderos más importantes tenemos el distrito de fósiles de Witwatersrand donde indirectamente se prueba la manifestación radioactiva por las coloraciones verdosas que adquieren los diamantes que se explotan en el distrito, indicando un límite mínimo de U308 de 0.01 %. Las enormes reservas con que cuenta el indicado distrito, se manifiesta por su producción anual que alcanza a setenta millones de mineral, en paralelo a la producción de mil quinientos millones de toneladas de mineral producidas hasta la fecha.

Luego tenemos los depósitos del Asia Sur-Oriental, que en la explotación de casiterita se ha encontrado euxenita con alto contenido de uranio. Mientras que en los lavaderos de Corea, Manchuria y Japón, se encontró samarskita y fergusonita.

De igual manera, los grandes depósitos de arena de playa, Brasil, en el que el contenido de monacita es apreciable. Su origen se refiere a las pegmatitas que se encuentran en la periferia continental del escud brasileño. Depósitos semejantes se encuentran en la India y en Ceylán.

c) Areniscas simples.—

Los principales yacimientos que constituyen la mayor fuente del abastecimiento de los EE. UU., se encuentra en la famosa Meseta del Colorado, especialmente en los Estados de Utah y Colorado. Fueron descubiertas alrededor de 1899 y recién en los años 1910 y 1923 se comenzaba su explotación industrial, con el objeto de obtener radium, producción que en esos años alcanzó a 210 gramos que se avaluaban en $ 150.000 por gramo. El descubrimiento de la Pechblenda en el Congo Belga, provocó la caída del precio del radium a $ 50.000 por gramo, determinando de este modo el término de la explotación de estos depósitos, a pesar de los productos oxidados del uranio y los compuestos de venadio estimulaban indirectamente seguir con la explotación. Sin embargo, la metalurgia del venadio progresaba notablemente y desde 1937 hasta los últimos años de la guerra europea, se intensificó especialmente la explotación de estas areniscas que daban un promedio de 2 % de venadio y 0.25% U308. En la actualidad la explotación es esencialmente por uranio, siguiendo desde luego la explotación del sub-producto, el vanadio, que en los procedimientos de recuperación se los hace siempre en paralelo. (Ver Anexo Nº 3 - 2).

Los depósitos están formados por impregnaciones del mismo uranio en las areniscas mesozoicas, especialmente en el Jurásico de la formación Morrison; estas impregnaciones no siguen una forma regular, de acuerdo a los planos de estratificación, indicando de este modo que no se trata de depósitos singenéticos; además, el tipo de mineralización descarta toda posibilidad de un depósito hidrotermal. De modo que suponemos que el origen de ellos se refiere a la circulación de aguas subterráneas cargadas de sales de uranio y vanadio, posterior a la deposición de las arenas que son de origen aluvial. Los minerales que se presentan son: "Roescoelita", que se presenta en partículas blandas y quebradizas e intercaladas entre los granos de cuarzo. "Carnotita", que se presenta en pequeños congregados limpios, friables e intercalados con finísimas partículas de material arcilloso y también formando una cubierta muy fina en los granos de cuarzo. Otros minerales secundarios son la ferurainita, la hewettita y la metahewettita, que se encuentran asociados con yeso a igual que la metarossita, pascaitita y rossita.

Rusia, en la región de Karatau, cuenta con un gran depósito que contiene carnotita y roscoelita, con leyes del orden de 0.05 % U308. El yacimiento se refiere al enriquecimiento superficial de los esquistos betuminosos regionales del cámbrico en su intercalación con las dolomitas marinas existentes.

YACIMIENTOS OXIDADOS.—

En su mayoría, se refiere a los fosfatos caracterizados por sus colores muy brillantes verdosos, anaranjados, amarillos y café. Se presentan formando películas muy delgadas en recubrimiento de otros minerales y rocas, haciendo de este modo que los hechos piensen en leyes mucho más altas que las reales. Los óxidos "in situs" tienen como representante principal, los depósitos de Shinkolobwe, que se extiende hasta una profundidad de 50 metros.

Algunas pegmatitas, muestran una mineralización superficial en su contenido de diaclasa, presentándose como mineral radioactivo la autunita y la uranocircita.

Existe también los "óxidos migrados", que se encuentran en zonas adyacentes de la roca madre. El Turquestán ruso, cuenta en la región de Tyuyamunita, Tyuya Munyun, con uno de los depósitos más importantes en el mundo. El mineral es la Tyuyamunita, que se encuentra asociada con minerales de cobre y vanadio. Se presenta en pequeñas incrustaciones escamosas o criptocristalinas en los mantos calizos del lugar.

El origen del yacimiento se refiere a las aguas subterráneas radioactivas, que se "cargan" del mineral probablemente en los esquistos graptolíticos del Siluriano en las faldas norte de las montañas de Alaid, Ferghona. El promedio de contenido es de 1.6 % U308 en las zonas individuales, dando un promedio general de 0.25 % de U308. Es muy significativo el hecho de que los rusos ya no se "preocupen mayormente" por nuevos depósitos de uranio... Las aguas radioactivas de las montañas de Alaid, cuyas vertientes aún depositan sales de uranio y vanadio, son, según se dice, la fuente más segura y permanente de extracción del mineral...

Otro yacimiento similar, se presenta en la zona de Bukhovo, Bulgaria, en el que el uranio contenido en los esquistos betuminosos del Jurásico, ha sido originalmente transportado por soluciones descendentes a las areniscas inferiores, en las que se ha depositado en la zona brechada en forma de metalorbenita. Sus reservas se estiman en 2.000 toneladas de mineral escogido con una ley promedio de 2% de U308.

PRODUCCION Y RESERVAS.—

Nos referimos expresamente a los datos proporcionados por el Geólogo norteamericano George Bain en función de la Comisión de Energía Atómica y con fines de seguridad.

Países	Producción Anterior U308	Reservas Probables y Posibles
	Tons.	Tons.
Congo Belga	4.500	35.000
Canadá	2.300	4.100
U.S.A.	3.150	39.000
U.R.S.S.	172 (?)	1.150 (?)
Portugal	350	500
Checoeslovaquia y Alemania (Erzgebirge)	740	410 (?)
Madagascar	25	1.550
Inglaterra	550	
India	(?)	500

ANEXO Nº 1.—

Pechblenda.— Pertenece al sistema isométrico con formas octaedras, dodecaedros y rara vez en cubos. Usualmente se presenta en forma masiva o formas botroidales, a veces granular, coloforme, amorfo y frecuentemente en estructuras columnares. Su fractura es conchoidal, quebradizo, color negro grisáceo verdoso, aspecto piceoso o grasoso, lustre sub-metálico; dureza: 5.5, peso específico de 9 a 9.5, (en general de 8 a 10 en la uraninita y de 6 a 8.5 en la pechblenda amorfa). La raya y su polvo es café oscuro, grisáceo o verdoso, muy poco brillante a la luz directa. Se trata de un uranato con impurezas de plomo, torio (Sirconio) tierras raras, nitrógeno, helio y argón. A veces contiene lantalium e itrium. Agua y calcio aparecen en pequeñas cantidades, pero son esenciales. El contenido de U308 en los minerales naturales daría entre 50% y 85%

Uraninita.— Es la variedad cristalina de la pechblenda. Se presentan en formas regulares ya conocidas.

En los cuerpos pegmáticos, los óxidos de tantalio, Colombo y titanio, que frecuentemente contienen uranio, aparecen como masas irregulares de formas cristalinas bien definidas, en colores pardo rojizo oscuro y negro con tendencia verdosa. El polvo de estos los distingue de la pechblenda. Contienen de 1% a 27% de U308.

Monacita.— Pertenece al sistema monoclínico de cristales generalmente muy pequeños y aplastados, a veces elongados a lo largo del eje b. Su fractura es conchoidal, quebradiza. Dureza de 5 a 5.5, su peso específico de 4.9 a 5.3, pero en muestras especiales puede variar de 5 a 5.2, su lustre tiende a resinoso, su color puede ser rojizo a café amarillento; puede ser transparente a sub-traslúcido. Se trata de un fosfato de cerio y tierras raras, lleva consigo de 2% a 15% de torio en formas de óxido y hasta 0.5% de U3 O8. Generalmente la monacita es un mineral accesorio en los granitos, gneises, aplitas y pegmatitas de cuyos depósitos detríticos se puede explotar enormes cantidades comerciales. (Las arenas de playa en el Brasil).

Los óxidos hidratados, fosfatos, vanadatos, etc. que forman los minerales secundarios del uranio, son muy numerosos y se caracterizan por sus colores brillantes amarillo, anaranjado y verdoso que frecuentemente se presentan como agregados pulverulentos o cristales rectangulares planos y de aspecto micáceo. Entre estos se distinguen:

Carnotita.— De fórmula aproximada $K_2O.2UO_3V_2O_5.2H_2O$, es decir un vanadato de uranio y potasio con un contenido de 50-55% U3 O8. Pertenece al sistema orto rómbico; en forma de polvo y a veces en escamas cristalinas. Su clivaje es basal, su color amarillento. Generalmente se presenta en areniscas acompañado de material cuarzoso o bien en reemplazos de árboles fósiles, (Meseta del Colorado). Se presenta también en forma cristalina amarillenta formando un polvo suelto íntimamente ligado a las substancias sólidas silicosas.

Tyuyamunita.— Se trata de un compuesto de calcio con carnotita, carnotita cálcica, que forma químicamente un vanadato de uranio y calcio. La cantidad de agua es funcional de la humedad del medio ambiente. Pertenece al sistema ortorómbico, se presenta generalmente en pequeñas escamas, a veces cristalinas y otras terrosas. Su clivaje es perfecto y distintivo a igual que su dureza que es blanda. Es fácilmente fusible, su peso específico varía entre 3.7 y 4.3. El contenido de U308 varía entre 48% y 55%. La tendencia de su color es amarillo verdoso. Se encuentra principalmente en las formaciones de la región de Ferghona, en el Turquestán ruso.

Torbernita.— Es un fosfato de uranio y cobre. Pertenece al sistema ortorómbico, a veces pseudo-tetragonal. Sus cristales suelen presentarse en formas cuadradas tabulares de diferentes espesores. Con cierta frecuencia también se presenta foliado y carácter micáceo. Su contenido de U308 es de 60% aproximadamente. Su clivaje es perfecto, casi siempre de carácter micáceo lo que es muy distintivo. Cuando en forma laminada, es muy quebradizo. Tiene cierta transparencia hasta traslúcido, dureza de 2 a 2.5 y peso específico 3.2. Coloración verde esmeralda o verde manzana y su raya es ligeramente más clara que su color.

Autunita.— Se trata de un fosfato hidratado de uranio y calcio con un contenido de 60% de U308. Orto-rómbico, de cristales tabulares y semejantes a ciertas formas de la Torbernita. Clivaje basal, de aspecto micáceo, lustre sub-adamantino, de color más amarillento verdoso, amarillo-limón, amarillo-azufre.

Otros de referencia general:

Samarskita.— Se trata de un óxido de cerio e itrium, de clivaje imperfecto, fractura conchoidal, dureza 5 a 6. Lustre vidrioso a resinoso con cristales prismáticos rectangulares, orto. Observa siempre contenido de columbio y Nobio.

Euxenita.— Es un niobato de titanio e itrium, cerio y uranio. Muy raras veces se presenta cristalizado en pseudo-orto. Es isótropo e infusible de color café oscuro.

Fergusonita.— Metaniobato de itrium, erbium, cerio y uranio principalmente. Sistema tetragonal piramidal, fractura sub-conchoidal, color café oscuro y cuando la fractura es fresca es brillante vidrioso y sub-metálico. Sub-traslúcido a opaco.

Hewettita.— Orto y se presenta en agujas elongadas prismáticas. Muy fusible. Coloración rojiza muy profunda; en caliente pierde su color por la pérdida de agua. Generalmente se encuentra como una alteración de la patronita, Cerro de Pasco, Perú.

SEPTIMA, HECHICERA

por MARCEL SCHOWB

BAJO el sol africano, Séptima fué esclava en la ciudad de Hadrumete. Su madre, Amoena fué esclava, y la madre de ésta fué esclava, y todas fueron bellas y obscuras, y los dioses infernales les hicieron conocer filtros de amor y de muerte. La ciudad de Hadrumete era blanca y las piedras de la casa en que vivía Séptima eran de un rosa tremulo. Y la arena de la playa estaba sembrada de conchas desde la tierra de Egipto hasta el sitio en que las siete bocas del Nilo derraman siete vasos de diferentes colores. En la casa marítima en que vivía Séptima se oía morir la franja de plata del Mediterráneo, y, a sus pies, un abanico de líneas azules deslumbrantes se desplegaba hasta el confín del cielo. Las palmas de las manos de Séptima estaban enrojecidas de oro, y teñida la extremidad de sus dedos; sus labios olían a mirra y sus párpados ungidos se estremecían suavemente. Así caminaba ella por los barrios, llevando a la casa de los servidores una cesta de panes frescos.

Séptima se enamoró de un joven libre, Sextilius, hijo de Dionysia. Pero no les está permitido ser amadas a las que conocen los misterios subterráneos; porque se hallan sometidas al adversario del amor, que se llama Anteros. Y así como Eros dirige el centelleo de los ojos y aguza las puntas de las flechas, Anteros desvía las miradas y embota la aspereza de los dardos. Es un dios benéfico que se asienta en medio de los muertos. No es cruel, como el otro. Posee el nepenthes que da el olvido. Y como sabe que el amor es el peor de los dolores terrestres, odia y cura el amor. Sin embargo, es impotente para arrojar a Eros de un corazón por él ocupado. Entonces se apodera del otro corazón. De este modo Anteros lucha contra Eros. He aquí por qué Sixtilius no pudo amar a Séptima. Tan pronto como Eros llevó su antorcha al seno de la iniciada, Anteros, irritado, se apoderó del que ella quería amar.

Séptima conoció el poder de Anteros en los ojos bajos de Sextilius. Y cuando el temblor purpúreo invadió el aire de la tarde, salió por el camino que va de Hadrumete al mar. Es un camino apacible en el que los enamorados beben vino de dátiles recostados contra los muros pulidos de las tumbas. La brisa oriental esparce su perfume sobre la necrópolis. La luna nueva, todavía velada, vaga por ella, incierta. Muchos muertos embalsamados yacen en torno de Hadrumete, en sus sepulcros. Y allí dormía Foinisa, hermana de Séptima, esclava como ella, y muerta a los diez y seis años, antes de que ningún hombre hubiera aspirado su olor. La tumba de Foinisa era estrecha como su cuerpo. La piedra oprimía sus senos ceñidos por las vendas. Cerca de su frente baja, una larga losa detenía su mirada vacía. De sus labios ennegrecidos se escapaba aún el vapor de los aromas en que la habían bañado. En su mano quieta brillaba un anillo de oro verde con dos rubíes incrustados, pálidos y turbios. Pensaba eternamente en su sueño estéril, en las cosas que no había conocido.

Bajo la blancura virgen de la luna nueva, Séptima se tendió cerca de la tumba estrecha de su hermana, en la buena tierra. Lloró y frotó su rostro contra la guirnalda esculpida. Y aproximó su boca al conducto por donde se vierten las libaciones, y su pasión se exhaló.

—¡Oh! hermana mía —dijo—, apártate de tu sueño para escucharme. La lámpara que alumbra las primeras horas de los muertos se extinguió. Dejaste deslizar de tus dedos el ámpula coloreada de vidrio que te habíamos dado. El hilo de tu collar se ha roto y sus cuentas de oro se esparcieron en torno de tu cuello. Nada de lo nuestro te pertenece ya, y, sin embargo, aquél que tiene un gavilán sobre la cabeza te posee. Escúchame, porque tienes el poder de llevar mis palabras. Ve a la celda que tú sabes y ruega a Anteros. Implora a la diosa Hathor. Suplícale a aquél cuyo cadáver hecho pedazos fué llevado por el mar en un cofre hasta Byblos. Hermana mía, ten piedad de un dolor desconocido. Por las siete estrellas de los magos de Caldea yo te conjuro. Por los poderes infernales que se invocan en Cartago, Iao, Abriao, Salbaal, Bathbaal, recibe mi encantamiento. Haz que Sextilius, hijo de Dionysia, se consuma de amor por mí, Séptima, hija de nuestra madre Amoena. Que se abrase en la noche; que me busque cerca de tu sepulcro, ¡oh, Foinisa! O condúcenos a ambos, ¡oh, potente!, a la morada tenebrosa. Ruega a Anteros que hiele nuestros alientos si le rehusa a Eros inflamarlos. Muerta perfumada, acoge la libación de mi voz. ¡Achrammachalala!

Inmediatamente la virgen ceñida se levantó y penetró bajo la tierra, con los dientes descubiertos.

Y Séptima, avergonzada, corrió entre los sarcófagos. Hasta la segunda vigilia permaneció en compañía de los muertos. Espió a la luna fugitiva. Ofreció su seno a la mordedura salada del viento marino. Fué acariciada por los primeros oros del día. Luego regresó a Hadrumete, y tras ella flotaba su larga camisa azul.

Entre tanto Foinisa, rígida, vagaba por los círculos infernales. Y aquél que tiene un gavilán sobre la cabeza no recibió su queja. Y la diosa Hathor continuó en su funda pintada. Y Foinisa no pudo encontrar a Anteros, porque no conocía el deseo. Pero en su corazón marchito sintió la piedad que los muertos tienen por los vivos. Entonces, en la segunda noche, a la hora en que los muertos se libertan para realizar los encantamientos, movió sus pies ligados por las calles de Hadrumete.

Sextilius, sacudido acompasadamente por los suspiros del sueño, tenía el rostro vuelto hacia el techo de su cámara, surcado de rombos. Y Foinisa, muerta, envuelta en vendas olorosas, se sentó cerca de él Y no tenía cerebro ni entrañas; pero volvió a colocar su corazón seco en el pecho. Y en este momento Eros luchó contra Anteros y se apoderó del corazón embalsamado de Foinisa. Inmediatamente ella deseó el cuerpo de Sextilius, para que se acostase entre ella y su hermana Séptima en la casa de las tinieblas.

Foinisa puso sus labios teñidos en la boca viva de Sextilius, y la vida se escapó de él como una burbuja. Luego fué a la celda de esclava de Séptima, y la tomó de la mano.. Y Séptima, adormecida, cedió bajo la mano de su hermana. Y el beso de Foinisa, y el abrazo de Foinisa hicieron morir, casi a la misma hora de la noche, a Séptima y a Sextilius. Tal fué el fúnebre resultado de la lucha de Eros contra Anteros; y las potencias infernales recibieron a la vez a una esclava y a un hombre libre.

Sextilius descansa en la necrópolis de Hadrumete, entre Séptima la hechicera y su hermana virgen Foinisa. El texto del encantamiento está escrito en la placa de plomo, enrollada y atravesada por un clavo, que la hechicera deslizó por el conducto de las libaciones en la tumba de su hermana.

Las calles de La Paz

SAMUEL ALIPAZ

EN la parte alta de la región de Miraflores, casi al llegar al que será Parque Arqueológico, hay una calle nueva que partiendo de la Avenida Héroes del Chaco va hacia el oriente, y que lleva el nombre de don Samuel Alípaz Nieto.

Esta calle no lleva el nombre de un héroe, ni menos de un político, simplemente lleva el nombre de un hijo de La Paz, que hizo mucho por ella.

Don Samuel Alípaz había nacido en esta ciudad el 23 de agosto de 1859, desde muy joven se dedicó al estudio de la electricidad, llegando a ser un verdadero técnico en su ramo. Cuando la guerra del Pacífico, se encontraba Alípaz trabajando en las instalaciones de una central eléctrica en Pozo Almonte que pertenecían a una Oficina salitrera del litoral, y fué incorporado al ejército boliviano con el grado de capitán para hacerse cargo de las comunicaciones del Ejército Aliado.

Vuelto a la patria, continuó laborando en su ramo, siendo uno de los que trabajó en la instalación de los primeros telégrafos entre La Paz y Oruro, obra magnífica para su época, ya que no teniendo el Gobierno medios para instalar postes de madera o de fierro, se utilizaron pequeñas pirámides de adobes, que hasta hoy los viajeros pueden verlas junto al camino carretero que une estas dos ciudades. Pero, algo más, tampoco se podían comprar aisladores de vidrio o de porcelana y los primeros hilos telegráficos tuvieron por aisladores, botellas fuera de uso, que regalaron las cervecerías de La Paz. Así con esos medios rudimentarios se instalaron los primeros hilos telegráficos y fué don Samuel Alípaz el que se ingenió, e inauguró los primeros servicios.

Posteriormente con don Jorge Granier, hizo la instalación del primer alumbrado eléctrico, siendo la ciudad de La Paz, una de las primeras que en Sur América, usó este sistema de alumbrado público en sus calles. Las grandes ciudades tenía alumbrado de gas y posteriormente fueron sustituyéndolo por el de arcos voltaicos y bombillas eléctricas, mientras tanto La Paz gracias al empeño y tenacidad de Granier y Alípaz podía contar con este alumbrado eléctrico antes que París y otras ciudades importantes.

Su afán de aplicar en su país natal, los nuevos descubrimientos sobre materia eléctrica, le hicieron mecerer el título pouular de "Edison Boliviano". Y no solamente sus conocimientos científicos y técnicos, sino también su gran capacidad de organizador, lo llevaron a la Dirección General de Telégrafos, donde puso las bases del actual sistema de comunicaciones telegráficas.

Cuando el señor Horacio Ferrecio y don Manuel Crespo trataban de instalar los primeros teléfonos públicos, fué también Alípaz el llamado a hacer los estudios y dirigir los trabajos de esta empresa.

Don Samuel Alípaz, había casado con doña Susana Solares, y es tronco de una familia paceña que siempre se ha distinguido por sus dotes de trabajo y honestidad acrisolada. Falleció a la edad de 67 años cuando comenzaba a gozar del privilegio de la jubilación que la patria le había otorgado.

La Municipalidad de La Paz, como justo homenaje a la importante labor de este esforzado ciudadano, ha nominado una de sus calles con el de este científico y tenaz trabajador.

R. S. M.

MAX DAIREAUX DICE COSAS AMARGAS Y VERIDICAS SOBRE LA AMISTAD

- Se puede escribir todo género de cosas deliciosas sobre la amistad; jamás sobre ella se puede decir nada conmovedor.
- Tan pura es la amistad que no se la puede mezclar sin menoscabarla.
- Muchos amigos no hacen un amigo.
- Un amigo constituye una gran riqueza; muchos constituyen un despilfarro.
- Son los amigos los que nos hacen repugnar de la amistad.
- La amistad es un lujo, pero un lujo de pobres. Más allá de ciertas conquistas se acabaron los amigos.
- Tener un amigo perezoso, escéptico y desencantado, es como no tener nada
- Nada más engañoso que tener un amigo que cuenta con muchas amistades.
- Que no se diga que yo no creo en la amistad. Creo en ella como otros creen en Dios, sin que por ello le hayan visto alguna vez.
- Cuanto más amigos, más debilidades. Y toda debilidad merece un castigo.
- Esperamos generalmente de nuestros amigos más de lo que ellos pueden darnos. Siempre dan menos de lo que ellos pueden.
- Un amigo verdadero es aquel que admite que, a veces, se prefiera la soledad a su presencia.
- Se puede contar siempre con los amigos mientras no se tenga necesidad más que de buenas palabras y consejos.
- La amistad aguarda aún al poeta que la cante; ¿cuánto habrá que aguardar aún?

MAX DAIREAUX DICE COSAS AMARGAS Y VERIDICAS SOBRE LA AMISTAD

- Para conservar ciertos amigos desdichados es preciso tenerles solamente la cabeza fuera del agua; cuando se les arrastra hasta la orilla, desaparecen.
- Muchos hombres creen amar a sus amigos, que no aman más que la amistad: la amistad que les aportan.
- Líbranos, Señor, de aquellas que aportan la pasión a la amistad! La amistad jamás debe constituir una tiranía.
- No es preciso confiárselo todo al amigo; sólo será menester poder decírselo.
- Que se le retire a la amistad lo que debe al egoísmo, al interés, a la costumbre: ¿qué quedará de ella?
- Lo que menos toleran los amigos es que nosotros cambiemos. Adquirir un gusto nuevo equivale a apartarnos de ellos.
- Hay en la amistad una gran parte de indiferencia, que la torna soportable. Muy exclusivistas o excesivamente celosas, las amistades resultan odiosas.
- Una mujer amorosa, un amigo fiel y... ¡que el mundo se venga al suelo!... ¡Vaya! Lo más frecuente será que el amigo fiel nos traicione con la amorosa compañera y el mundo continúe dando vueltas...
- Podemos dudar de nosotros mismos; jamás de nuestros amigos.
- Evitemos la amistad de aquellos que son incapaces de soportar la soledad.
- Hacer un favor a un amigo resulta agradable, es algunas veces necesario y siempre resulta peligroso. Pocas amistades resisten esta prueba.